LIDIA
CARO LEAL

No entrar con llamas



«No entrar con llamas» son cuatro semanas de sangre y calambres al mes. Son el muñeco de plástico de «Érase una vez… el cuerpo humano». Son los terrores nocturnos. Son los cáncer-de-algo. Son el sexo triste y el olor a canela de la piel quemada. Son la fantasía de arrasar el *sex shop* más grande de la ciudad con el entusiasmo de quien va por primera vez a un Lidl, a un IKEA o a un Makro. Son enamorarte del niño o la niña que tiene los ojos del color del logo de

Oral-B…

Lidia Caro Leal nos presenta una colección de cuentos que hablan del deseo, de entrar al trapo de los pensamientos intrusivos, del burnout, de la precariedad, de la vulnerabilidad, de los diferentes lenguajes del amor, de las pastillas de encendido, de cuando estás ya acariciando los treinta y tus amigas abogadas, médicas, ingenieras no quieren salir a las mismas discotecas que tú. Habla de los mosquitos del parabrisas de un taxista en una carretera sin arcén, de las paellas que prepara una familia asiática en un bar con fotografías de pantanos, de las marcas en las piernas que dejan las sillas de metal de las terrazas, de la piel del que ha pescado en el Pacífico un atún lleno de microplásticos, del perfume de arrozales diseñado por una empresa de *marketing* olfativo, de la *lycra* sudada de los ciclistas sedientos y de los paquetes de salvado de avena que nunca se acaban.

Lidia Caro Leal

No entrar con llamas

ePub r1.0
Titivillus 02-04-2024

Lidia Caro Leal, 2023
Traducción: Almudena Miralles Guardiola
Corrección: Ana Fulconis

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Sangre quemada

WhatsApp, Facebook, Instagram. Las otras, cuando se despiertan lo primero que hacen es mirar WhatsApp, Facebook, Instagram.

Twitter, Gmail, elDiario.es.

Yo salto de la cama y caigo en el baño, aunque no quiera ir al baño. Subo la tapa, me bajo los pantalones manchados y meo. Me limpio y sigue allí.

Sangre.

Cuatro semanas de sangre y calambres.

Ayer fue igual, y mañana será igual porque tengo litros y litros de sangre en mi cuerpo, y los mosquitos anoche solo se llevaron una de esas pequeñas latas de cerveza que ponen en los aviones. Qué comedidos, se podrían haber emborrachado gratis con mi hemoglobina. Total, se va a ir por el retrete junto con las sustancias que nadie quiere.

Distingo siete tipos de sangre, como dice la creencia popular que los esquimales distinguen hasta cuarenta tipos de nieve. Está la sangre ligera, que es casi el agua sucia de una colada desteñida, está el rojo patriótico, y el sucio. La sangre limpia también está, la que podría ser modelo en un centro de transfusiones. Hay una casi sólida y grumosa que los antiabortistas podrían usar para hacer un montaje truculento con minibebés enfadados.

Sangre de raspado, casi coagulada. Es como la película que se forma en la leche caliente, pero en rojo.

Tengo una pantonera de sangre. De la sangre cruda a la quemada.

También tengo una novela que en el primer capítulo pone: «Además de beber agua, he ido al váter. Cuando me he limpiado no había sangre. De nuevo el papel higiénico en blanco. Llevo once, doce, trece meses sin tener la regla. Mi cuerpo —¿o es mi cerebro?

— no quiere pasar de la talla treinta y dos».

Ahora llevo un mes sangrando. Tampoco hay vida.

Meo sangre y mancho pijamas, sábanas, pantalones, bragas, me mancho los dedos, y mancho los dedos de quien me toca. He tirado todo lo textil a la basura, no quiero frotar mi genoma y que se convierta en una espuma desleída.

Los dedos me los he quedado.

Por la mañana, a primera hora, cuando aún no ha salido el sol y los vecinos de enfrente oyen la ser y tienen prisa —nunca desayunan juntos. Un beso al aire, un Nescafé sin más compañía que envoltorios de sobaos y galletas Digestive—, mi sangre es educada y tímida, no gasta papel ni compresas. Hay horas en las que es como un gato, corre y trata de escapar, y me pega calambres en la tripa que parecen zarpazos de minino callejero.

¡Halobacterias, microalgas, la materia prima de los paquetes de sal para el lavavajillas! Eso es el fondo del wc cuando meo sangre. Un rosa irreal, bacteriano, Santa Pola en invierno. Las salinas en una foto de la oficina turística.

Un febrero estuve en Santa Pola con una mujer diez años mayor que yo. Estaba obsesionada con esas nubes rosas. Y un poco conmigo. Era de una aldea cerca de La Orotava, y parecía más joven.

Aunque igual era yo quien le restaba años, que se me había metido en los ojos la niebla que no dejaba a los pescadores faenar.

Inventamos una palabra: «flamíngeo», que es cuando las nubes tienen el color de los flamencos envueltos en fuego para regalo.

Tengo pesadillas: sueño con un pólipo, con la esterilidad, con una hemorragia, con cáncer de algo, con una puñalada por la espalda, con los miles de síntomas descritos en medlineplus.gov y todas esas páginas médicas que me resisto a mirar, porque mirar es asumir.

Me gustaría ser el muñeco de plástico de *Érase una vez… el cuerpo humano* y tener en el estómago una ventana que abrir. Metería las manos sin guantes, hurgaría entre las trompas y entre todos esos conductos y tejidos que nos explicaron en Conocimiento del medio.

Buscar la fuga, poner un parche. Olvidar.

Mis ovarios son estufas viejas que hacen ruidos, se hinchan y se

contraen. Se quejan.

Se ha caído un típex, un bote de lejía, un cerebro antes de una oposición, un traje de novia infinito, una ballena de espaldas, el vientre níveo de mi gato, el siguiente folio de esta historia.

El papel higiénico está blanco.

Combustión espontánea

Quería que pasasen del fuego a las llamas
y de las llamas al incendio.

CHRISTINE BEARD,
dying laughing
I'm

Soy sexo triste y los restos de una barbacoa. Soy la fuente de fósforo, potasio, calcio y boro que alimenta el jardín en donde se ha celebrado una fiesta. La amistad consumada, la carne quemada, las personas consumidas.

Soy tu vecino, el que sabes que va a tener un hijo porque está en el balcón pintando las barreras de una cuna desmembrada mientras fuma un cigarrillo. La ceniza —o sea yo— cae y se pega en la pintura blanca del futuro humano o humana. ¿Y cómo van a vivir los tres en ese piso de cincuenta metros cuadrados, si tienen una tele de plasma a la que le sobran pulgadas, y un gato blanco y gordo y un perro lánguido que necesitan más espacio?

La ceniza sirve (sirvo) para evitar plagas y hacer jabón. Una pastilla salvaje y resbaladiza que quita restos de tomate, de pintalabios o de cochinilla.

Donde hay ceniza humana, no crecen las plantas. Tenemos el ph muy alto, me han dicho.

Lo que sé seguro es que donde hay ceniza brota la soledad.

En la farmacia no hay ungüentos mágicos para el existencialismo. Solo hay pequeños paliativos para la melancolía. Por lo general, comprimidos blancos, que son más baratos de

fabricar y fáciles de tragar.
Tampoco hay en el diccionario un buen sinónimo de soledad.

«Soy una mujer de cuarenta y tres años, no soy una chavala». Eso tú, que yo soy ceniza.

No tengo edad.

En el bolso lleva un blíster a medias, con algunas pastillas partidas por la mitad, que Maricarmen y sus más de cuarenta años saben de posología. Con la dosis recomendada no hay bastante para el pistoletazo en el pecho. Un comprimido al día antes de dormir no hace que en el centro juvenil donde trabaja María del Carmen Ripoll López dejen de amenazarla con una sanción grave, que puede acabar en inhabilitación.

Necesita más gramos para olvidarse de David el Niño.

Las cenizas también nos equivocamos. Lo que necesita no es olvidarse, es apagar la llama, los fuegos artificiales, el volcán en erupción, todos los símiles trillados respecto al orgasmo femenino.

«Yo lo que quiero es pegarle un buen polvo. Pero como eso no puede ser, me tengo que montar mis películas. Quiero pegarle un polvo y reventarlo, pero ah, Amparo, tú sabes, es que me echarían del curro».

Amparo sabe que Maricarmen, orientadora laboral, soltera, de culo duro —se lo mira cuando van juntas a pilates, piensa en él cuando yace con su marido— comparte apellidos con dos *cougars* históricas. Lo ha leído en la *Diez Minutos*: La duquesa de Alba, María del Rosario Cayetana Fitz-James Stuart y Silva, que dejó viudo a Alfonso Díez, veinticuatro años menor que ella y
J-Lo,
que se enrolló con un bailarín veinteañero cuando ella tenía cuarenta y dos años.

Que venga Fuego y convierta en cenizas la prensa rosa hasta volverla gris.

David el Niño le ha dicho: «Yo contigo aprendo un montón, igual que tú conmigo, porque te quitas miedos y tocas la juventud. Por eso estamos tan bien». Maricarmen lo ha acompañado al Zara a por zapatos y una camisa blanca para la graduación. Se los ha pagado ella. También unos chinos y una cena en el Saona.

«Y es que tía, que a veces vamos al Carrefour a por pizzas para

cuando vienen sus amigos a jugar a la Play, que me intenta enseñar, pero no me entero, y ay, es que me coge de la cintura, o se quita la camiseta y va todo tatuao, y yo le digo que se la ponga, que no soy de piedra. Y así. Que me enseña youtubers y no entiendo nada, y se pone a jugar a la Play y tampoco entiendo nada, pero intento jugar. Le digo que estudie, que tiene coco, pero lo que pasa es que es un vago. Que se deje de gamers y se saque una FP».

Maricarmen es un ave fénix. Un polluelo arrugado con la cresta flácida que resurge de las cenizas tras un espectáculo de combustión y maquillaje del Sephora (materia susceptible de inflamación espontánea. Manténgase alejada de las llamas). En anteriores vidas, Maricarmen fue la esperanza de Chema, su director.

Hay dos verdades respecto al tiempo: que nada que valga la pena dura menos de cincuenta minutos, y que nunca estamos cuando la otra persona llega: el repartidor de Amazon, la notificación de Hacienda, el amor.

Solo estamos de cuerpo presente cuando es la hora de la muerte.

Cenizas.

Hoy es miércoles de ceniza y he estado un poco ausente. Precisamente en estas fechas, hace un año, Chema le dijo a Maricarmen que dejaría a su mujer por ella. Chema tenía en la frente los restos de la cruz que le había dibujado el párroco del barrio durante la misa. Se había perfumado con la colonia más cara que venden en el Mercadona, y había comprado un ramo de flores timoratas en un puestecillo frente al hospital provincial. No se aclaraban, las flores, si debían ser blancas, amarillas o de plástico.

Maricarmen fue Maricruz y cruzó los dedos, se cruzó de brazos, frunció el ceño, fue el emoji ese con gesto de rechazo frontal.

Quiso estar con Chema, pero no ese día.

Maricarmen quiso dejarse la terapia holística, los viajes a los outlets de Las Rozas, las cenas de menú degustación que al segundo pase saben a cocaína, las fantasías genéticas de cómo combinarían sus adns, las fantasías de ir a un club de *swingers*, a un resort nudista, a arrasar en el *sex shop* más grande de la ciudad con el entusiasmo de quien va por primera vez a un Lidl, a IKEA O A MAKRO.

O de quien tiene su primer hijo.

Maricarmen quiso a Chema un año antes del miércoles de ceniza

ese de las flores mohínas y la camisa negra, ligeramente brillante, que Chema insiste en ponerse. Chema no quiere ver que se le quedan marcas de desodorante y le sienta como el culo.

Tanto, tanto uso de Google Calendar, Maps y alarmas, para llegar siempre tarde y jadeantes.

A mí, un día me echaron por un acantilado, esperando que me esparciera por el mar. El viento paró, y me enganché en la procesionaria de un pino que en el pie tenía pañuelos meados y latas de cerveza oxidadas.

La muerta fue un desecho más en un parque natural mal protegido.

Ningún rechazo aguanta más de un año.

David el Niño tiene los laterales de la cabeza rapados. En el medio tiene una cascada de rizos teñidos. Sus ojos son del color del logo de

Oral-b,

Vimeo, American Express.

«Es verlo y estar con él, y querer tocarlo y follármelo, pero no puedo, Amparo. Que es un niño. Que no está bien follarse a los niños. Y es que me he puesto ciega. Y puede que le dijera que me lo quiero follar, pero no puedo. No sé qué hacer. Yo soy una mujer de cuarenta y tres años, que no sé por qué queda conmigo y no con chavalas de diecisiete años, que no soy una chavala, soy una mujer».

El *gin-tonic* que ella y Amparo se beben es de ese color: los ojos de David fundidos, licuados, emulsionados con hielo picado y arrojados sobre un cuerpo fibroso a base de hacer deporte en las barras del parque.

Y Maricarmen no es de hierro, y tiene óxido.

«Y es que va y el otro día me dice que no nos vean tan juntos, que no quiere que el resto de chiquillos piensen que pago por estar con él. Que lo saben, lo saben sus compañeros y lo sabe Chema y vete tú a saber. Que las otras largan mucho. Le digo al niño que qué se cree, que tengo el cuerpo aún follable, y que yo no tengo que pagar a nadie. Tú, Amparo, tú me has visto en pilates. Que tengo un culo que me quita edad. Pues me ha molestado lo que me ha dicho David el Niño. Qué mal lo estoy pasando, porque a ver esto, a ver a

quién se lo cuento».

En las terrazas de los bares no se puede fumar, pero Amparo lo obvia, y me tira contra los adoquines en los que chicos de la quinta de David han tirado un gapo.

«Chocho, Amparo, espera que vamos a pensar. Me encanta, es *superinteresting*, pero es que parece que en la vida no todo pueda ser, Amparo. Y yo me jodo. Es que en la vida la toma de decisiones es lo más difícil que hay. No digas nada, eh».

¿Qué hacemos con toda esta tristeza, Maricarmen? ¿Cuántos *gin-tonics* azules o rosas como tus vestidos favoritos tienes que ponerte para empujar la pesadumbre hasta los pies? Empujar la bola hacia abajo, como una clase de ejercicios de Kegel. ¿Te quedas inmóvil, al borde del pasillo del centro educativo, o te bajas Match y ligas con solteros exigentes como tú? ¿Qué hacemos con David el Niño, Maricarmen? ¿Lo reduzco a ceniza y que me haga compañía a mí, que también soy mayor que él, pero menos que tú?

Somos un mechero Bunsen.

Y llevas demasiada laca en el pelo para que el riesgo de incendio no se acreciente.

Estoy a tres metros de ti, a tu espalda, dentro de una lata arrugada de cerveza de marca blanca. Observo cómo miras el WhatsApp esperando un mensaje de David, y el mensaje no llega.

«Escucha, que le he mandado al chiquillo un audio diciéndole que estamos de birras y no hemos ido al museo y ni me ha contestado, el chaval. Que está al lado, por si se venía.

A todo esto, oye, Amparo, entre tú y yo, no quiero nada de cotilleos de esto, que yo tengo una familia. Oye, Amparo, estás fumando más de lo normal, y esos cigarros son más largos. Yo ya no fumo, puti, que lo dejé en enero, que pensaba que no me iba a poder salir de fumar, pero lo hice. Pero dame uno, anda, que un día es un día».

Maricarmen lleva siete cigarrillos. Eso es la mitad de ceniza que genera la incineración de un recién nacido.

«No me parece bien mandarle un audio y que no me haya contestado. ¿De qué vas, niño?… Que tienes diecisiete años. Anda, Amparo, ponte aquí, que vamos a hacernos un selfi. Se lo mandamos a él y al grupo de estas».

Estas son el grupo de amigas, que se llama Satisfyer. En la

imagen de perfil están todas menos Pili, que nunca está. Salen quemadas bajo el sol de un resort todo incluido. Todo menos Pili, que tiene una María, un Borja y los mellizos, además de marido con una empresa de ollas exprés.

Soy un cazo al fuego con macarrones al que se le ha evaporado el agua. Una lata de atún a medias en la nevera, quemada por el frío. La responsable de los números en la multinacional de conservas, que ejemplifica el síndrome del *burnout*. La piel del que ha pescado en el Pacífico ese atún lleno de microplásticos. Sí, eso soy yo.

Y también Maricarmen.

Hoy, el papa ha dicho que todos lo somos, que somos ceniza.

Mosquitos en los ojos

Cuando el verde cubra todas las ciudades
y no paren las flores de florecer,
cuando el azul del mar cubra todos los puertos
y acalle las ganas de quemar combustible
en medio de este incendio.

GUILLEM ROMA FEAT. SILVIA PÉREZ CRUZ,
La profecía

Tiene una escopeta y no tiene licencia de armas. Tiene un nombre común: Toni.

Toni es un *home* de soledad y arrozales que no tiene ni botas de agua para meterse en ellos. Tiene la cara quemada y la barriga ancha y el bigote bien recortado y la mecha corta y un gorro de paja de una caja de ahorros rural y tres, exactamente tres, camisas con lamparones.

No tiene un duro.

Pero tiene sus fanegas de arroz. Un mar verde robado al lago de la Albufera. Sus campos huelen como todos: a humedad, al sudor de hombres que agachan el lomo para sembrar, a pesticidas contra el *cucat* y esas larvas rojas y blancas que son como las fuerzas armadas suizas, pero en chiquitito.

Él cree que sus arrozales tienen un olor único, que para los que no son del lago es hedor. Hectáreas de arroz con perfume diseñado

por una empresa de *marketing* olfativo. Lo cree porque sus campos son su prole. (Las madres osas reconocen el olor de sus oseznos). También es que no tiene otra cosa a la que arrimar la nariz.

Toni entra en trance cuando se para en mitad del arrozal y no hay ni un ciclista envuelto en *lycra* y relleno de barritas energéticas.

Una garza real levanta el vuelo. La garza es una incongruencia. Demasiado grande para volar así de grácil. Pero bate las alas y llega hasta una carretera de uso agrícola en la que hay un único vehículo: un taxi que no es de por aquí.

Toni también tiene un hermano y cáncer. Se llama Vicente, el hermano, y hace veinte años que no se ven. Es taxista.

Al cáncer Toni lo ha apodado «la bicha». La bicha, sin hacer ruido, está convirtiendo al *llaure* en espantapájaros. No le duele nada. Duerme mejor que antes de saber el diagnóstico.

La bicha es muda, ciega y testaruda, según la opinión médica. Está en estado metastásico.

Toni se ve más fino de cara y brazos. De tripa no. La tripa de Toni es la medida de todas las cosas. Cuando almuerza sangre encebollada, adquiere un brillo profético y una dureza que sustenta el mundo. Su tripa es los hombros de Atlas, en carne y grasa.

Este Atlas de la Ribera Baja no ha llamado a su hermano para contarle lo de la bicha. En estos momentos, Vicente, que está quinientos kilómetros al sur, arranca el proceso de hidrólisis para reducir un plato de ajopollo.

El cáncer sigue haciendo sus cositas sin distraerse. Atención plena tiene la bicha.

Cada órgano con lo suyo.

El taxi que no era de aquí no tiene voz, ni cara, ni importancia en esta historia. ¿O acaso los taxistas de otras latitudes no pueden ir a echarse unas fotos para el Tinder con la Albufera de fondo?

A Vicente le tiemblan las piernas por todas las cervezas bebidas, que luego han sido copichuelas de *brandy*, y que ahora es un chupito de orujo.

Paga, mira el culo de la camarera y se acerca al taxi: una bestia de carrocería blanca, con motor híbrido, la cope sintonizada y un

toro de peluche en el salpicadero. El astado es un recuerdo de Miura, la ganadería de Lora del Río. Vicente la visitó con la que ahora es su exesposa, la madre de sus hijas. La hijaputa que lo abandonó. (Esto lo dice él, a mí me parece una mujer encantadora que por fin tiene algo de amor propio).

La bicha casi tiene el tamaño del *souvenir*. Un cáncer que tendría que ser tauro.
Más cosas de Vicente. Se repite a sí mismo «Vicente, tú tienes que hacer las cosas bien», y a los forasteros, pero no pistoleros que lleva en el taxi, una historia: la de su odisea para salvar los ochenta kilómetros que le quedaban durante una noche de alta demanda, calor y las hijas del marqués de nosequé, que necesitaban urgentemente llegar a la hípica. Esa noche fue de conocido en desconocido, picando timbres, mandando mensajes, rogando a la Virgen del Carmen para que un gitano o un moro le vendiera medio gramo de farlopa.

Lo necesitaba para lo de la conducción temeraria.

En Albaricoques no le venden a cualquiera, pero él es Vicente, el taxista. Argumento de autoridad. «Medio gramo de coca, los cojones, que estuve en cuarenta sitios y na. Ni a mí me vendieron y vamoj a ver, que yo llevaba el dinero y que a mí se me confía, que soy "el" taxista».

Le gusta conducir porque puede ir mamado a cien por hora en una carretera comarcal con el termostato del coche a diecisiete grados. «La caló, hijamía, la caló. Por eso yo hago esto de conducir, que me paso to'l día sentao, pero estoy a mi temperatura y aquí nadie me molesta. El taxi me lo compré cuando mi mujer se fue».

Su mujer era la Juana y no quiere saber nada de Vicente, que en el libro de familia es Vicent más un primer apellido valenciano. El segundo es García, que es como no ser de ninguna parte.

Toni y Vicent se criaron en una casucha de la Sèquia de la Providència, Albufera profunda, término municipal de Silla, València. O no se acuerdan, o no quieren acordarse de su infancia. Comían más pescado de lago que gorrino de granja, más pan duro que arroz —el arroz era para vender— y alguna rata de carne prieta

que se colaba entre el suelo y la escopeta familiar. La misma que ahora engrasa Toni.

Vicent hizo el servicio militar en Almería y allí se quedó. A Toni le tocó Lugo. En cuanto pudo, volvió a los arrozales. Demasiada lluvia. El marisco le escocía en el paladar.

Uno de los hermanos no tiene descendencia; el del acento impostado, sí. La hija de Vicente trabaja en una empresa de seguros y no le habla a su padre. Eso es todo lo que sé de ella. Ya sé más de lo que sabe Vicent.

Si Toni supiera todas las veces que su hermano, borracho como una hiena, le ha llamado maricón porque jamás se le ha conocido mujer… Su madre rezaba por él, porque cuando era un chiquillo tenía cañas secas por piernas, y el círculo de su barriga aún no estaba ahí, sino en dos mofletes como dos naranjas tersas, o dos *pilotes* generosas para el cocido de Navidad. «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desoigas nuestras súplicas que te dirigimos, antes bien, líbranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita…».

¿Alguna vez habéis mirado con detenimiento un mapa de la Albufera? No es un lago, es un cuerpo humano sin piel, como las localizaciones de *Érase una vez… el cuerpo humano*. Las acequias son el sistema circulatorio. En cada motor hay un corazón y una sombra en la que hacer paellas mal hechas y subidas de precio para turistas que buscan *the real experience*.

Entre esos motores, turbinas, granjas avícolas, almacenes de arroz, caminos de tierra, campos de tiro, casetas de aperos y tractores abandonados había, hace cuarenta décadas, un plantel de mujeres diseminadas y todas, pero «todas», decían que el Toni era *delicat*. Vamos, maricón.

¿Os preguntáis por qué Toni y Vicente ya no son los hermanos García —los Garsía, en el geolecto de la Albufera—, que si bien no eran uña y carne sí que tuvieron una infancia de compartir pedradas y partidos de fútbol y alguna que otra visita a la ciudad para ver combates de boxeo? Igual no os lo preguntáis, pero me llamo Lidia y quiero que todo el mundo sea feliz y no consuma las machaconas ficciones de Netflix. Esto es lo que pasó:

Toni tenía doce años y Vicent trece meses más. Su padre les caneaba con una caña que en uno de los bordes tenía un clavo

herrumbroso. La caña servía para ensartar ratas, advertir antes de sacar la escopeta y educar a los dos hermanos, que no tuvieron una hermanita o un hermanito más porque quiso Dios que su madre entrara en la menopausia a los treinta y seis años.

Como en los años setenta dos unidades de niños eran nada en la comarca de l’Horta Sur, por la casucha de los Garsía —una barraca en la que unas chapas de plástico reusadas sustituían el cañizo— siempre andaban niños que parecían gatos callejeros: sucios, delgados y con heridas sin cicatrizar. Uno se llamaba José.

Podríamos haber tenido un gran compositor de música de cámara y *dolçainer*, pero Toni y Vicent fueron los últimos que oyeron a José tocar el dichoso instrumento que percute el tímpano.

Es el sonido del desquicio.

Es el recurso fácil para gastar impuestos en los Ayuntamientos pequeños (VI Certamen de *dolçainers*).

José iba a sacar a la familia de apuros. Porque al chiquillo le habían dado una beca, y se lo querían llevar a la ciudad, a aprender de los grandes maestros vivos, engordar, tener la cara limpia y el pelo sin el brillo de la pobreza, que es el sebo que no se tiene en las carnes.

La historia pasó en el Tancat de la Ratlla.

Mal sitio. Estaban los tres chiquillos y el tancat aún no era una «reserva de macroinvertebrados acuáticos, que permitirá al mismo tiempo recuperar hábitats y especies acuáticas muy escasas en el parque natural, a la vez que se provee un refugio para las aves dependientes de estos». El tancat era:

Una caseta con un cuarto sin ventanas para el motor de bombeo.

Un cuarto sin puerta con un retrete sin tubería, desagüe ni fosa séptica. El vaciado del estómago de los agricultores caía directo a la fuente que les daba de comer: los arrozales.

Pero, sobre todo, el tancat era la sombra de una parra, un banco de ladrillo y cal y una de las paredes irregulares donde colgaba un calendario quemado por el sol con la foto de María José Cantudo, la musa del destape, del terror y de los hijos adolescentes de los *llaures*, que en el tancat se hacían pajas y confesiones.

El tancat ahora es un lugar de avistamiento de aves. Atracción

familiar con 4,5 puntos en Google Maps.

He ido al tancat yo sola. Con la *lycra* ciclista y el miedo a pincharme. Se accede por un segmento de tierra como una braga brasileña, o el istmo que engancha las partes Norte y Sur de la isla Bruny en Tasmania. O el terreno que hay entre Les Palmeretes y los campos de arroz, puesto a dieta.

Si se me hubiera ido el manillar por culpa de un guijarro no sorteado, me hubiera dado de bruces contra los macroinvertebrados acuáticos minúsculos.

Podría haber esnifado macroinvertebrados acuáticos minúsculos y haber tenido una excusa para saltarme la dieta vegana.

Animales en peligro crítico de extinción. Qué ricos.

José se cayó donde acaba el camino que lleva al motor y empieza el juego de compuertas que chupa y escupe agua.

El líquido que llega a la ínsula de la caseta moja los bordes, y cuando el motor bombea hacia los campos que tiene alrededor, una fuerza terrorífica, creada por el sonidista de *Las alegres vampiras de Vögel*, se lo traga todo.

Agua, macroinvertebrados acuáticos minúsculos, niños de pelo grasiento y carnes sin carne, ni fuerza, ni capacidad para nadar. Niños de pómulos como picos de garzas.

En los setenta, en la Albufera, los niños morían con facilidad.

Sobre todo si Vicent, hoy en día Vicente, taxista con licencia falsificada y el monopolio del trasporte en la comarca de las *Bodas de sangre* de Lorca, les apuntaba con un pincho *rovellat* mientras no gritaba «marica», sino que separaba las sílabas así:

MA
RI
CA,

y otro niño, hermano del que ostentaba el pincho para ratas, que no sabía definir qué es un «marica» pero lo sentía, que no le gustaba la Cantudo ni ninguna niña, pedía gresca al hermano.

El enclenque se metió donde no tenía brazos para meterse —la *dolçaina* no ejercita los bíceps—. En la antigua Albufera todo era y es violencia y empellones y una cosa llevó a la otra y a un traspié.

José se fue al agua.

José se ahogó en una lámina en la que otros nadarían. Pero era *dolçaina* o crol.

Toni echó a correr. Hay que ser de la Albufera para recordar que la granja de huevos Simba y Sauron (antaño conocida como Huevos Conejero) delimita con la Sèquia de Rabisancho, y que no hay que torcer a la izquierda, que está la rambla del Poyo y de ahí no hay retorno.

Toni corrió y corrió orientado, sagaz. Quería salirse del lago y llegar al primer cuartel de la Guardia Civil, porque no confiaba en que sus padres fueran a castigar al primogénito, pero sí en que le iban a pegar una colleja. Se topó con las *tarantellas*, palabra que suena a baile folclórico del sur de Italia, pero que es otra forma de decir mosquitos *rantellas*. Mosquitos que le entraban en los ojos como coyotes que se cruzan cuando pasa uno de esos cochazos —un Muscle Car, el Plymouth Road Runner Superbird de 1970— y acaban planchados en el asfalto, con el conductor con la mirada llena de susto y ceguera por la sangre animal.

Toni se comió el suelo. Cuando giró el cuello, su hermano estaba detrás. Le clavó la rodilla en la nuca y le llamó «maricón», cómo no. Lo amenazó con el pincho de las ratas, se lo puso muy cerca de los ojos inundados por los mosquitos. En los globos oculares tenía un vómito de alas y patitas. «Marica, si vas a la polisia te lo clave».

¿Cuánto tiempo pueden estar dos hermanos sin hablarse bajo el mismo techo? Yo no lo sé, que soy narradora e hija única, no lo puedo saber todo, no percibo las trifulcas fraternales, por más que me equipare a un dron sobrevolando el tiempo y el espacio que hay en la Albufera.

(Sí que sé que el tiempo y el espacio que hay en la Albufera se rigen por el verdor cegador del arroz, y no por el calendario).

Toni y Vicent compartieron durante años una muerte y el más absoluto de los desprecios. Para Toni, Vicent era un asesino. Creía lo suficiente en la Biblia como para despreciarlo. Para Vicent, Toni era un bujarra que en cualquier momento se chivaría a la Benemérita, o a sus padres.

La bicha es el precio de la luz, la capacidad expansiva de los gases, una gata en celo, el ascenso del populismo de extrema derecha en Europa, cómo se dilata el tiempo cuando se espera el mensaje ya no

de la persona que se ama, sino de quien ha dejado tu casa por la mañana con tu olor en las manos y mucho sueño en los párpados.

La bicha no se detiene y se está comiendo a Toni.

A Toni el médico le ha dicho que le quedan tres platos de *sang amb ceba* y que no llega a la cosecha de septiembre.

Es julio. Los tallos tienen la altura suficiente para ocultar a un niño pequeño. Son el antónimo de la salud de Toni. Rabian vida. Ha sido un buen año, climáticamente hablando. Su campo tiene más vitalidad que los campos de los vecinos.

Toni se desnuda por completo. Se mete en el arrozal y el agua estancada, tibia, llena de insectos más pequeños que su cáncer, le lame como lo hizo aquel chico latino, que no tendría más de veintidós años, el día que subió a València con un fajo de billetes en el puño.

Toni arranca los plantones de uno en uno. Los arranca como su hermano le llamó

MA
RI
CA.

Toni lo que hace es:

A
RRAN
CAR
LOS.

Que muera con él lo único que le queda en vida.

Un oleoducto en llamas

En algún sitio que no veo, el mar está en llamas.

Más cerca, en la toalla de al lado, una madre unta a dos niños —serán sus hijos. Vamos a creer que son sus hijos— con protector solar. Cuando los niños se metan en el agua, parte de la crema se les despegará de la piel y viajará por la superficie del mar hasta llegar al ojo de fuego, que está en el océano de al lado.

Un oleoducto en llamas.

Una bolsa de aceite fugada de una plataforma petrolífera se ha prendido fuego en mitad del agua salada. Los operarios, con cascos y barba de ultramar, no pueden apagarla. Maniobran torpemente, como jubilados que practican algo que requiere habilidad. Tiro al plato, o freír empanadillas congeladas sin quemarse.

Yo no puedo dejar de ver vídeos en *streaming* de la catástrofe, de imaginar que la crema de miles de bañistas se pega a la catarata de ese ojo naranja y caliente.

El mar, un mar helado y dorado en llamas, es un verano que no calienta.

Estoy de vacaciones y no aparto la mirada de la tragedia.

Estoy sola en una costa con acento extraño. Me refugio en lo que conozco, mi *timeline* de todas las redes sociales que no son una auténtica perversión. OnlyFans no tengo. Bueno, LinkedIn es más perverso.

Mi misión es anticipar la tragedia. Mi visión, examinar redes sociales de desconocidos. Mi trabajo consiste en cotillear perfiles en nombre de una aseguradora de vida. Evalúo futuros asegurados. Entro en sus redes y en una tabla Excel tecleo puntos y comentarios cualitativos asignados a distintas variables de su vida deportiva —deporte practicado, frecuencia de la práctica, elementos de

seguridad y ropa técnica—; de su vida laboral —ocupación habitual, teletrabajo, desplazamientos en vehículo privado al centro de trabajo y sus atascos—; de su vida amorosa —soltería, pareja formal, poliamor—; de su vida social —soledad, fiestas caseras, reuniones familiares, ocio nocturno—; de sus intereses culturales —hábitos de lectura, asistencia a espectáculos, gustos musicales, consumo de productos audiovisuales—; de sus hábitos gastronómicos —comida chatarra, aguacates consumidos, número de veces que salen a cenar fuera; MATS por semana: Macarrones Atún Tomate—.

La lectura es la mejor herramienta para evaluar el estado anímico general del futuro asegurado: si lee a algún filósofo de la escuela de la sospecha, le asigno la puntuación máxima en el baremo de riesgo de nuestra compañía. Saber a qué clase de conciertos va nos es muy útil para determinar si hay consumo de alcohol y drogas. Con la comida es más sencillo, el accidente coronario se prevé fácil.

¿Mi trabajo podría hacerlo un algoritmo? Sí. Los ingenieros están trabajando en ello. Usan mis horas de vuelo entre un usuario y otro. Cuando la Inteligencia Artificial se gradúe, me iré a la puta calle.

Pero me voy a llevar un pastizal.

En los días buenos me toca un expediente que requiere la activación extraordinaria del protocolo Tinder. Uso uno de mis tres perfiles falsos —mujer, hombre y no binario— y me las apaño para hacer *match* y entablar una conversación con el objeto de la inspección. Tenemos nuestros métodos. New Century Mutual Group paga un *fee* de varios millones a los de Tinder para que liberen unos paquetes de datos y parte del código algorítmico. Nuestros ingenieros hacen algo que no entiendo, pero me da *matches*.

Pero me aburro.

Me aburro en el curro y en la vida fuera de él. En esas pocas horas de vigilia.

Desde hace un par de años soy una conversación interesante para desconocidos. Un tinderazo. El código de conducta de la compañía me prohíbe expresamente conocer en la vida real a mis expedientes. A veces la cláusula me jode. Me gustaría que me hicieran todo eso que dicen que saben hacer.

Cuando ficho y tengo citas de verdad, con perfiles que he conocido con mi cuenta personal, me aburro. Me sé el final de la película y hasta cómo ha conseguido la pasta el productor. Confundo alienación y alineación y humanos con perfiles. Confundo el perfil de un tío, cuyo primer trabajo fue vendimiar y que ahora es mozo de almacén en el Bricodepot, con un profesor de castellano con el que estoy quedando y no conjugamos.

Dormí abrazada a ese perfil. Ese perfil me hizo tostadas de pan de molde con aceite y ajo para desayunar. Su familia era de Jaén. El pan sabía a plástico, pero el aceite era oro. En un documental oí a un filósofo de prominente barriga decir que la vida humana era, probablemente, una búsqueda triste de la alegría.

Eso fue ese desayuno.

Como me aburro y tengo que buscar una estrategia para mantener la atención, miento.

Soy jueza, opositora a notaria, extrader, profesora de ruso, de origen asquenazí —bien mirado…, con esta nariz y esta habilidad para el cálculo…—, bisnieta de un alcalde de provincias, heredera de una empresa destilados, divorciada dos veces con mala suerte pero con buen talante, estratega de campaña de Felipe González —cuando González yo no sabía andar sin caerme, pero dicho con convicción, toda apariencia es realidad—. Todo es más interesante que decir que trabajo en una aseguradora, que es un trabajo pardo como otro cualquiera.

La noticia del oleoducto se extinguió. En su lugar, empecé a leer sobre el mar Menor, que se convirtió en un camposanto de peces panza arriba con los ojos hinchados. Los vertidos de la agricultura, decían.

De vacaciones, vacaciones solitarias, me llevo ocho tomates de esos enrojecidos e hinchados por los fitosanitarios. Intento reducir el consumo de carne pero, al mismo tiempo, mato mogollón de reyezuelos y salmonetes que llegan panza arriba a la costa en la que los niños de la crema hacen castillos de arena.

Buceando he visto un «algo» plateado que parecía un tesoro pirata, y en verdad era un pez sin vida al que picoteaban otros congéneres.

Su ritmo me recuerda al de los inmigrantes que trabajan en los campos de tomates, que picotean entre los plásticos viejos y

desechados de los invernaderos para hacerse una chabola en los aledaños de la plantación.

De mi piso al mar Menor hay cuatrocientos cincuenta kilómetros por carreteras nacionales. He conducido por ellas escuchando indie de tíos españoles un poco gorditos para vestir pitillos.

En una estación de servicio cerca de Cancarix, Albacete, me he metido una raya de coca. Luego he seguido conduciendo mientras sonaba un tipo que pronuncia mal, pero que vende muchos discos.

Estoy de vacaciones.

> Pi, pi, pi, pi, piiiiii. Son las doce, la una en Canarias. Esto es Radio Provincia. Contigo, las noticias. Hoy ha sido un triste día para la regata Puertos de Andalucía. En uno de los veleros participantes se ha producido un incendio. No se conoce la causa. Dos miembros de la tripulación han fallecido. El resto han sido rescatados. Su pronóstico es reservado.

En alguna coordenada de este mar que se me mete en las fosas nasales y me limpia los restos de coca se ha incendiado una nave. El viento infla la vela con fuego azulado. Son los químicos que protegen el textil, que lo tiñen todo. El barco no se detiene.

Es un fuego a la deriva que es como el verano, un incendio que no quema.

Los ochenta chinos de un carguero de la MSC miran el velero inflamado como miran con los prismáticos las tetas operadas de las tías que hacen *topless* en la playa.

Indiferentes pero concentrados.

Me enciendo un piti. Sacudo la toalla y la arena se me mete en el paquete de tabaco. Las hebras parecen fideos fritos con sal.

En la sombrilla de al lado, una chavala le pide un mechero a un chaval.

Su primer mechero, su primer chaval. El primer y último cigarrillo que se fuma, porque la pillará su madre y le pegará tal grito, tal grito como un sopapo con la mano abierta, que no volverá a sujetar un cigarrillo.

No tengo una toalla que me haga compañía porque esa canción que dice «Un final no es un final contigo» es mentira. Parece que las cosas no tienen final, pero se acaban. Mira Facebook, que no lo usa

nadie ya, ahora la vida está en Instagram.

«Ya se acabará».

Y los taxistas gordos que nos llevaron a mi perfil y a mí por las calles de todas las capitales de este país terroso en las que se puede beber —este es otro perfil, no preparaba desayunos con pan Bimbo, era yo quien bajaba sin bragas al horno, a por un par de cruasanes españoles, que son más una buena intención que una buena ejecución— ahora conducen menos y beben más en bares taurinos y votan a VOX y se cagan en los maricones de Cabify, con sus trajes ajustados, con su música al gusto del pasajero. Sin *Tiempo de juego*, con perfume.

Todo se acaba, hasta las sucursales bancarias, que ahora tienen los cristales pintados de blanco y carteles de circos y exposiciones de dinosaurios en 3D.

Esos que se extinguieron.

Como las manchas de regla en las bragas, si frotas mucho. Parece que no se van a ir, pero si rascas, si el jabón hace la suficiente espuma densa, que se vuelve rosada por la sangre… La mancha es solo una pequeña cicatriz cauterizada sobre la tela.

La tristeza es similar, pero a ella no tienes que rascarla. Le gustan más los abrazos.

Como a mí me gustaba que me los diera mi perfil mientras me decía que no pasaba nada porque me sustituyera un algoritmo primo hermano del que sustituirá a los conductores de Cabify cuando los coches autómatas no se estrellen.

Los perfiles son abrazos que no queremos que se deshagan, pero lo hacen.

Íbamos, mi perfil y yo, a pedir una hipoteca en la sucursal esa que ahora tiene los cristales tachados. En esa esquina siempre hay un vendedor de la once, justo enfrente de lo que era la puerta, como queriendo rivalizar con un sencillo rasca y gana contra los créditos bancarios. Un vendedor con manos hábiles para darte el azar de la liquidez, pero sin ojos.

El periódico en papel, llamar por teléfono para encargar chino, la descarga de música 2P2, el líquido del bote antimosquitos, la paciencia de las abuelas gorditas con el pelo teñido de rojo que siempre llevan caramelos de miel y limón en el bolso. Hasta su paciencia se acaba.

Hasta los paquetes de salvado de avena se acaban.

En Bankia solo nos concedían un interés alto y un juego de cuchillos de sierra con el mango rojo. Ojalá haber firmado esa hipoteca con mi perfil que no preparaba el desayuno, pero abrazaba con la temperatura de un lanzallamas, aunque se acabara el perfil y me dejara divorciada y con el cajón de la cocina cobijando el juego de cuchillos.

Ahora me clavaría uno de ellos en la vena que irriga la mano que uso para hacer *swipe right*.

> Pi, pi, pi, pi, piiiiii. Son las tres, las dos en Canarias. Esto es Radio Provincia. Contigo, las noticias. Los veraneantes de la cala del Chiquito han sido testigos de un trágico accidente.

El tiempo no hace milagros

Un Seat León dorado. Un Honda Civic dorado. Un Citroën Saxo VTS dorado con un vinilo de «¡Cuidado! Si se cruza un animal, freno de golpe». Hoy he visto tres coches dorados, todos abollados, en mi jornada laboral partida. Me recuerdan al pueblo de mis abuelos, que es como uno de esos coches aparcados en mitad de la era en pleno agosto.

«Hay que ver qué mal está todo. El tiempo, que está loco. El mar contaminado. Lo del volcán de La Palma, que no se extingue, eh. Lo del incendio ese en Rumanía, que ha quemado la fábrica de los fideos instantáneos, y ahora tenemos los estantes vacíos de yakisobas. El encargado ha dicho que las pérdidas llegan casi al medio millón. Qué dineral. Y el polen, que para mi piel, mi piel atópica, fatal. Sí, el uniforme nuevo no es de algodón cien por cien, y yo solo puedo llevar algodón, que tú lo sabes. Iría al dermatólogo, a que me mirase las ronchas, pero me han cambiado los turnos. Te dejo, que entro. Dale un beso a los papás. Luego dime qué crema te echas tú. ¿La de La Roche? Esa es la mejor, te lo digo yo».

Eso fue lo último que oí en el vestuario del supermercado.

Asepsia. Letanía. Repetición. Desinfectante. Un cartel con el número de la lotería de Navidad. Normas: no comer. No poner música. No hacer fotos. No fumar. No olvidarse de fichar. No salir sin realizar la evaluación de tareas. No dejar objetos personales a la vista. No arrojar basuras. No entrar con llamas. No a la vida. Sí a la convivencia en el vestuario. Entre todos, somos cooperativa.

Después de poner la oreja para oír a Mariángeles, sección charcutería, el encargado me citó en su despacho. Tenía los papeles de mi despido sobre la mesa.

Una cooperativa no debería despedir con esa desafección a una madre soltera con gemelas. Me acababa de gastar la mitad del sueldo mensual en un carro gemelar. Esto son quinientos cincuenta euros con veintitrés céntimos, pagaderos en cómodos plazos. Me tuve que quitar de las cervezas del club de lectura. También del club de lectura de la biblioteca del barrio. Para la reunión quincenal con mujeres de treinta y cuatro (Laura y yo) y de sesenta y nueve años (Consuelo, Xesca, Inmaculada) ya no había tiempo. No tengo minutos para oír a la dinamizadora cultural, diez años menor que yo, que habla con voz temblorosa como los fluorescentes blancos de la biblioteca. No aguanto tanta ilusión. Bueno, más bien no tengo ganas de depositar más ratos en intentar leer mientras las niñas berrean.

Qué desconcertante es ese llanto infantil que no tiene trazabilidad. En cambio, el de los adultos es como la espada al rojo vivo que deja ciego a Miguel Strogoff. Leí la adaptación infantil publicada por Susaeta cuando tenía diez años. Mi tío, que era transportista de una distribuidora editorial, algunas veces me sacaba libros con descuento. Otras, los sacaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Las lágrimas de los niños son dejarse las llaves de casa puestas por dentro, que follar se convierta en amor, que los yogures caducados no desarrollen hongos, que Hacienda te devuelva. Es un llanto sin explicación.

Ahora trabajo en una gasolinera, en la que también hay violencia, porque el trabajo es coacción. Si tirase una colilla, podría hacer que todo prendiera hasta purificarse. Los surtidores como el incendio de Notre Dame. La tienda, con sus miguelitos de La Roda de crema y chocolate, explotando por el calor. El queso en lonchas de los sándwiches fundiéndose igual que el plástico de las garrafas de anticongelante. El túnel de lavado como si fuera el Museo Nacional de Río de Janeiro, con sus esqueletos y reproducciones a escala humana de indígenas, calcinándose. Creo que a todos se nos ha olvidado ese incendio que hubo en 2018, cuando yo asumí de una vez por todas que de mi licenciatura en Historia del Arte no iba a poder vivir. Sobre todo, si quería cuidar de las gemelas. Aunque en verdad no quería. ¿Qué mujer en su sano juicio quiere cargar sola con la vida de dos niñas, cuando la vida no es compatible con

la vida, y lo es aún menos si naces mujer?

Aunque peor que ser madre es que la empresa, la cooperativa en este caso, te obligue a convertirte en embajadora de marca, prescriptora, *community manager* y mujer cartel, con un uniforme que pica.

«¿Tiene tarjeta de socio-cliente? ¿Desea una bolsa? ¿Quiere llevarse dos tabletas de chocolate extra con galleta y caramelo a mitad de precio? Aproveche, solo está hoy en oferta, es irresistible. También tenemos panettone familiar por solo uno con cuarenta, porque aunque no sea Navidad, hay que celebrar». Celebrarlo todo. Hacerse una foto en la comida de empresa para que la publiquen en LinkedIn. Sonreír. Cazar gangas a punto de perecer como quien cazaba un mamut antes de que nos perdiera el trigo. Llevar la presa —una bandeja de filetes de Sajonia— cual homenaje a la obligación familiar de turno. Ser todo lo que los manuales de *marketing* escritos por personas de otros países, o personas de este con un MBA en Estados Unidos, dicen que hay que hacer.

No puedo calcular cuánto fingí, qué cantidad de entusiasmo falso vertí en cada jornada en la caja registradora, dando enérgicos buenos días, pese a haber dormido cuatro horas y darle vueltas y vueltas a si había sido buena idea parir.

Me sentía, y me siento, como granel para mi empleador. Fécula de patata para engrosar una bolsa de *snacks*. Sospecho que pasa en todos los puestos básicos de casi todas las empresas con una facturación superior a los dos millones.

De un librillo que leía por aquel entonces, *Mira las luces, amor mío,* de la Ernaux, se me clavó un párrafo corto sin metáforas, que eran casi una reproducción literal de un cartel de un supermercado Alcampo. En el cartel se empleaba el posesivo «nosotros» para hablar de la clientela. Era algo como «Recordamos a nuestra clientela que no está permitido ingerir alimentos en el interior del establecimiento». Ese «nosotros», paternalista, propietario, se me clavó como la chapa que llevaba mi nombre: Soraya Ferraz. Ferraz es la calle de la sede del Partido Socialista.

En la gasolinera veo prisas en conductores imberbes, locuacidad entre los solitarios —siempre camioneros— a los que les quedan muchos kilómetros y aburrimiento por delante, mujeres que se ofenden por mancharse las manos del líquido que mueve sus

vehículos y a ellas.

Como si fueran señales de *stop*, detengo la mirada ante las bolsas azules, gruesas y suecas de IKEA que protegen los tuppers y la ropa limpia de los becarios que van de ciudades de provincias a la capital, para trabajar en algo que debería ahorrar a sus madres la producción de esos tuppers que nunca devuelven. También llevan bolsas azules los que cruzan el estrecho de Gibraltar en ferri. Yo uso una, naranja y blanca, con el logotipo de mi anterior empresa, en la que llevo *packs* de batidos a punto de caducar y bollería descongelada que solo tiene un día de consumo recomendado.

En casa tengo esa bolsa de bolsas que sirve para guardar otras más pequeñas: las del supermercado, las chiquininas de la farmacia. También tengo bolsas bajo los ojos y en la tripa. Se me quedaron la piel y las mollas flojas del embarazo de las gemelas.

Las niñas se llaman Sara y Ana, no me apetecía pensar.

Nunca he querido pensar. Cuando tenía que decidir si cogía todas las sustituciones de fin de semana en un *pub* regentado por un amigo, cuando tenía que decir sí a servir todas esas copas a gente de mi edad que se lo pasaba bien cuando yo iba sobria, a todas esas lenguas enroscándose cuando la mía me sabía a café quemado y a reflujo intestinal por no haber cenado, todo para pagarme un máster en restauración y patrimonio artístico, cuando tenía que elegir entre eso o dar clase de refuerzo en el barrio a niños hinchados de donuts y aburrimiento, se anunció la apertura en el barrio del supermercado del que me tiraron. Una tienda limpia, bien iluminada, aséptica y abastecida. Con los dos idiomas oficiales de la comunidad autónoma, aunque en mi barrio todos son inmigrantes, de una generación u otra, de la España abandonada o de Latam.

Soy hija de turolenses. De frío extremo en invierno e infierno en verano.

Eché el currículum y se fijaron en mí mucho antes que en las eslavas o pakistaníes que también querían algo más de mil euros al mes. Es una cooperativa con programa de responsabilidad social, pero todo el personal es blanco o está anaranjado por el maquillaje.

Las gemelas existen porque trabajando en el súper me encontré a un compañero de la universidad. Estaba comprando cava de primer precio técnico y comida precocinada, de la cara (muslo de pato

confitado, 250 gramos; La Gula del Norte®, 100 gramos; medio pollo asado; y una bandeja de 300 gramos de Ferrero Rocher). Me invitó a pasarme —a la antigua usanza, sin mediar dos semanas de conversaciones por WhatsApp— por una fiestecita en su piso. Se acababa de mudar. Su exnovia se había quedado con el apartamento en el barrio correcto.

Nos vimos durante un tiempo, tampoco mucho, incluso nos fuimos de viaje a Madrid un puente que era festivo regional. Al volver en el AVE el lunes, me sorprendió la uniformidad de los pasajeros: ellos, de traje azul o negro, la corbata en el bolsillo y el cuello de la camisa blanca manchado de excels y reuniones en las torres de Plaza Castilla. Ellas, teñidas de rubio oscuro, el pelo liso y el maquillaje algo reseco y, a la vez, la piel grasa. Madrid ensucia la piel. Me fijé en que los fondos de pantalla de los móviles masculinos y femeninos eran fotos familiares. Pensé que, si tuviera niños, nunca haría eso de llegar de noche a casa y no haber recogido al chiquillo del colegio.

Y me quedé preñada. Vaya.

Alberto, que parecía tan dulce y entregado, no quiso saber nada. No lo quería reconocer, pero se avergonzaba de presentarme a sus padres. Yo, una cajera de supermercado. Aunque tuviera CA-JE-RA CA-RRE-RA:

.

(No es que a él le fuera muy bien en su empresa de mediación artística, pero esos padres *backup* que no llegué a conocer no iban a abandonarlo).

Tuve a las gemelas porque me pareció una forma de darle «significado» a mis días estériles. Fertilidad en una existencia yerma y ordenada en la que nada podía pasar, porque todo había sido estudiado al milímetro por prevención de riesgos laborales, que actuaban no tanto por la seguridad del trabajador sino para ahorrar una posible demanda al empresario. Ni siquiera el despido tuvo épica. Simplemente se cansaron de mí porque había una candidatura espontánea más rápida, más sonriente, menos reflexiva. No me sale no quejarme, pero tampoco convertirme en representante sindical. «Creemos que tu situación actual no concuerda con los valores de la empresa». La situación era que, del enamoramiento que ocurre durante el primer año de relación

laboral, no quedaba nada.

El día que me despidieron llegaba tarde a recoger a las niñas. Las cuidaba mi vecina Maribel, que también había sido madre soltera. Sus hijos estaban ya en una ciudad más grande y más cara cumpliendo con la etapa que yo dejé pasar para reponer briks de leche. Cuando salí del súper me llevé instintivamente la mano al pantalón de civil —unos *joggers* de Decathlon domesticados por la lavadora y el secado a la intemperie—, saqué del bolsillo el móvil como quien necesita sacar la paja más larga en un sorteo al azar, no fuera a haber pasado «algo» durante el turno, y me tropecé con una tapa cuadrada del suelo, de esas que son la puerta a un cableado que conecta todo y a nadie. Me caí sobre la rodilla izquierda y me quedé un rato varada en la acera. Una pareja de unos treinta y muchos vio todo el hostión, me miró de soslayo y pasó de largo. Cuando intentaba levantarme, dolorida más por la dependencia del móvil que por el impacto contra el pavimento, un hombre joven salió de uno de los bajos de la calle, una inmobiliaria con un reclamo publicitario que ponía «¡TIRAMOS LA CASA POR LA VENTANA!». Desde el escaparate, salpicado de pequeñas pantallas algo pixeladas, había contemplado la secuencia en la que perdía la verticalidad; corrió a ayudarme y me invitó a un café de la Nespresso de marca blanca que ambientaba la inmobiliaria.

Y empezamos a salir. Vaya.

Tomás no tiene ni una unidad de lo que *a priori* me puede gustar en un hombre. Siempre viste pitillos. Si es festivo, vaqueros azul pálido con algún corte o desgaste. Si son para trabajar, unos negros, que hacen que las piernas parezcan dos tubos de golosinas de regaliz y a los que por dentro se les queda la marca blanca del sudor y la piel seca. Los conjunta con camisas blancas de tejido sintético y americanas azules mal entalladas. Sobre la camisa tiene que llevar una corbata roja con el logo de la inmobiliaria.

Tomás tiene los gustos de los que a principios de los años 2000 se llamaban metrosexuales y ahora son ridículos. Cremas, barba medida, gomina y camisetas interiores rosas. Un día, metió una de las corbatas corporativas en una lavadora de blancos que había dejado yo y tiñó las camisetas, sábanas y calcetines de deporte de un rosa cansado.

¿Se vino a vivir Tomás conmigo y con las gemelas cuando solo

hacía un mes desde que nos conocíamos? Se vino a vivir conmigo y con las gemelas. Pese a trabajar en una inmobiliaria, compartía piso con un compañero de trabajo que no sabía hablar de otra cosa que de ventas.

Adoptamos un gato y una tortuga que parece estar muerta, salvo cuando le acercamos uno de los extremos del jamón de pavo con forma de salchicha gigante que a Tomás le gusta trocear y echar en las ensaladas de pasta.

He comprado varias tallas de ropa infantil distintas desde la hostia y el café. Ya no me produce tanto rechazo la estatura de Tomás —baja—, la espalda —estrecha— y esos brazos enclenques de teclear en ordenadores diminutos con teclados táctiles. No sé si es por haberme habituado a los reponedores y mozos de almacén del supermercado, por la imaginería apolínea que estudié en Historia del Arte o, simplemente, porque soy una básica, pero me gustan los hombres como los armarios de pino que ocupan una pared entera en los dormitorios de las casas de pueblo.

Pero me quiere. Tomás me quiere. Y ya no hay tiempo para un milagro: conocer a un catedrático de arte gótico que, al pagar los noventa euros en combustible para su Touran, me roce la mano y el corazón. O un crítico de arte torpe pero encantador al que tenga que ayudar a poner diésel en un Golf que está para el desguace.

Todo esto hubiera sido mucho más sencillo de haber nacido en otro lugar: en uno con dinero.

A lo tonto, llevo un año cobrando gasolina, latas de cerveza —se compran muchas latas de cerveza que no se pueden beber si conduces—, bolsas de papas, caramelos mentolados, pañales y condones.

(Tomás no quiere que usemos condón. Cuando lo dice lo miro con asco).

Me he acostumbrado y me gusta el olor a gasolina.

Todo sigue el curso normal de los acontecimientos[1].

«Hay que ver cuánto tiempo, las niñas están enormes», dice alguien.

La tienda de numismática y filatelia que hay en la calle sigue abierta, aunque nadie entre a interesarse por la moneda de Alfonso XII de cinco céntimos de 1878 que cuesta 125 euros.

En la gasolinera han instalado un máquina de pago para que los empleados no manejemos efectivo.

Hoy un camionero me ha regalado una bolsa del IKEA llena de los mangos verdes que se le han caído del camión.

El fin de semana es una espiral de color neutro

He estudiado química durante muchos años
para poder concluir mis atentados.
Pero últimamente todo va peor
y las lágrimas apagan el contenedor.

MARCELO CRIMINAL,
Quemando contenedores por dentro

Viernes tarde

Llevas prometiéndote toda la semana que este finde sí, que este descansas. No recuerdas cuándo fue la última vez que no tuviste tres planes para elegir y ocho mensajes de WhatsApps que contestar. Pero llega el viernes por la tarde y estás frente al espejo del armario. Te buscas canas, marcas de cansancio y un outfit para todos los climas y vicisitudes. Aunque te recuerdas: a las once en casa. Revuelves la estantería de las camisetas en busca de una con el color y la forma del toque de queda voluntario. Encuentras la neutralidad hecha ropa, pero tu subconsciente mete un cepillo de dientes en el bolso. También el cargador del móvil, toallitas desmaquillantes, ibuprofeno, unas bragas. Retiras cincuenta euros en billetes de diez. Compras comida para el gato y le das de cenar, por si acaso.

Te cercioras de que en casa tienes agua mineral. Recoges el

cuarto y haces la cama, aunque son las siete de la tarde y a esa hora no merece la pena perder el tiempo estirando las sábanas.

Y pisas la calle. Como si fueras Fraga y fuera tuya. El aire y el ruido de las terrazas te despejan. En el reflejo de un escaparate te miras. El *look* neutral te sienta bien.

Demasiado.

Te pones los auriculares, hay una novedad de folk en Spotify que te has dicho que vas a escuchar. Los quince segundos del primer tema te aburren soberanamente. Reproduces en su lugar la lista «Chapa y pintura» que escuchabas en 2010, cuando tenías veinte años y descargabas los capítulos de *Skins* y *Gossip Girl* con el wifi de la facultad. Ha hecho más por tu inglés Serena van der Woodsen que todos los veranos en Cork.

¿Qué te preocupaba en esa época?, piensas con cara de existencialista —tranquila, la mascarilla oculta el rictus de introversión—. Si no tenías pareja, ni trabajo, ni alquiler ni cuota de autónomos que pagar, ni un físico que mantener, ni criptomonedas, ni contracturas.

Mierda, no has ido a la farmacia a por otra caja de relajantes musculares.

Piensas en lo de las preocupaciones de la década pasada y no das con ellas. Tampoco lo piensas mucho. Tampoco te lo vas a pensar mucho en cinco horas, cuando digas sí a que el fin de semana sea como los anteriores.

Mediodía del sábado

> Me miro en el espejo y soy feliz | y no pienso nunca en nadie más que en mí, | y no pienso nunca en nadie más que en mí. | Leo libros que no entiendo más que yo, | oigo cintas que he grabado con mi voz, | oigo cintas que he grabado con mi voz.

Te duchas. Suena *Autosuficiencia* de Parálisis Permanente distorsionada por una mampara de sueño y vaho. El agua te golpea en la coronilla y te cae hasta los pies enrojecidos por las sandalias que estrenaste anoche. Como todo el calzado nuevo, esas sandalias

son un paso de Semana Santa. En el río que forma el agua jabonosa sobre tu cuerpo hay sobras de rímel, de sudor con olor a alcohol, de humo de tabaco, de fluidos corporales. Secreciones propias y ajenas. Tienes las sienes y los globos oculares atenazados por la presión. El humor vítreo de las retinas es negro.

Si no fuera ridículo, te pondrías las gafas de sol dentro de la ducha para que la luz de los plafones no te sacara de la anestesia. Has dormido lo suficientemente poco como para no tener resaca, pero has dormido un par de horas. Bastan para que el sábado sea un día independiente del viernes.

> Me tumbo en el suelo de mi habitación | y veo mi cuerpo en descomposición, | y veo mi cuerpo en descomposición.

La mitad superior de tu cuerpo tiene las costillas marcadas y el vientre plano. No está en descomposición, está genial, piensas. Aunque algo deberías comer. Vas desnuda hasta la cocina. Sacas un plátano del frutero. El plátano tiene pecas y está blando, como tus mejillas.

Si tus mejillas tienen manchas es porque estuviste lo inefable en una terraza al sol, sin haberte puesto protector solar de cuarenta pavos.

Te sientas en el váter y te comes el plátano, muy despacio. Si masticas rápido, te mareas. En veinte minutos, cuando tengas glucosa en sangre, se te pasará el malestar.

Te miras en el espejo. Progresivamente se desempaña, como tu cerebro.

> Me miro en el espejo y soy feliz | y no pienso nunca en nadie más que en mí.

Feliz no es el sustantivo. Pero qué risa anoche, que divertida estaba M., qué receptivo estaba K. Creías que a C. le pasaba algo contigo, pero no. En las distancias cortas —un baño, un viaje en ascensor para comprar litronas—, ignorar situaciones anteriores se la juega.

C. no mostró señales de enfado, ni mencionó fines de semanas extinguidos. Podemos decir que saliste victoriosa. Encima te invitó

a c***.

Tu ropa, sobre la que has dormido, huele a su colonia.

Ahora te da un pelín de asco el olor.

Has quedado. Llegarás una hora más tarde de la que aseguraste que llegarías. Pero estás «estupenda». Mejor incluso que el día anterior. Los signos de cansancio actúan sobre tu cara como un filtro de Instagram. Te dan misticismo, cierto desapego a las convenciones. Eso dices tú.

Mamarracha.

La vecina de enfrente piensa que eres una mamarracha. Puede que esta madrugada, al entrar en casa, te tropezaras con las bolsas de basura que no habías bajado. Tú no lo sabes seguro, la finca lo oyó todo.

También la arcada en el ascensor.

> Encerrado en mi casa | todo me da igual, | ya no necesito a nadie, | no saldré jamás.

Apagas la música. Coges el mismo bolso que llevabas anoche. Huele a aspirina. Dentro hay un mechero que no es tuyo, como no lo son tus movimientos. Tienes la impresión de que no los produces tú. Tú no has elegido quedar hoy, sábado, para comer. Calamares a la romana, bravas de bolsa, pincho de tortilla bien cuajado. Alguien insistirá en un chivito compartido entre cuatro.

Quieres calamares. Fantaseas con la tragedia: que se te hagan bola y te atragantes con uno de los hilos chiclosos que se forman al masticarlos.

Cerveza no quieres, pero ya te apetecerá.

Siempre sucede.

Añades al bolso un par de tiritas y una botella de agua medio vacía.

No lo verbalizas, pero necesitas a muchas personas. Ninguna en concreto. Necesitas la noción de conversaciones enmarañadas y que alguien te toque. Por sentir piel. Y atención. Ya pondrás el límite a la piel, si es que te incomoda.

Aunque no suele haber límite.

Ese pantalón vaquero que te has puesto te hace muy buen culo. Haz el favor de lavarlo con un programa corto.

Sábado por la noche

El reloj se ha comido un par de horas.

Tú te has comido un trozo de p*******.

L. y A.

bailan en el sofá, ajenas. Nunca has visto brazos que se agiten tanto. Son granos de maíz que estallan en el microondas. Tanto, que sustituyen el movimiento de lo que recuerdas que era una discoteca. La anfitriona ha prohibido bailar con los pies. También dormir.

Pides encargarte de la música. Pones *Prohibido dormir* de Tribunal de las Aguas.

> En València | está amaneciendo. | Prohibido dormiiiiiiiir.

Con las manos,

L. y A.

hablan. Los movimientos de sus falanges son una invitación a que te unas a la conversación.

Lo haces. Claro que lo haces. No por apetencia.

Por la anécdota.

A las manos ya habíais llegado. Desabrochan, retuercen, estiran, tiran al suelo la ropa y un cenicero.

> Prohibido dormiiiiiiiir.

Las bocas, que estaban en diagonal, se juntan. Buscan saliva en el Gobi. Aparece una botella de agua. Las botellas de agua no aparecen solas, la ha traído A. Te da de beber con un gesto bíblico. Ese brillo de humanidad es la más tierna de las caricias.

L. te coge del brazo para expresar placer. Es el protocolo sexual. Mañana tendrás las marcas de sus dedos en el antebrazo, casi encima del tatuaje que te hiciste con tu hermana en Formentera: un símbolo de infinito.

Te regalo el dato: una espiral tiene algo de infinito. En la cultura megalítica, la espiral representa el Sol. Nacimiento por la mañana, muerte al ocaso, renacimiento en la madrugada. Como los días del fin de semana.

Piensas que deberías irte. Un Cabify, de puerta a puerta. Tu

pijama, tu gato, tu cara lavada con espuma desmaquillante y tónico. La idea te abraza, te baja las pulsaciones. Pero no alargas la mano para coger el móvil. No sales del embrollo de cuerpos desnudos. No tomas decisiones.

La noche os engulle a todas.

Es domingo

«¿Vienes a comer? Hemos encargado arroz a banda. Tu hermana y Ernesto vienen». Tú no tienes Ernesto —¿monogamia?, ¿es coña?—, ni hambre, ni ganas de ver a tu familia. Tecleas una excusa automática. Quedarás mañana a comer con tu madre, para compensar. Las dos a solas.

Agobio.

Te recomiendo reservar en un restaurante en el que sirvan rápido y no se oigan las conversaciones.

Envías el mensaje y te lías un porro. Tienes algo de apetito. Aprietas en el móvil el icono amarillo y amable de Glovo. Como tardas en decidir qué colesterol te va mejor, te entra mucha hambre y pides *curry* para tres.

Duermes hasta que el timbre de la puerta te saca de un sueño en el que el novio de tu hermana era tu hermana y tu madre os sirve muchísima paella de color *beige*.

El repartidor siempre llama dos veces antes de mandar un mensaje a través de la aplicación de *delivery*. Le abres. Vas en bragas. En la camiseta tienes un cerco de baba. No te importa. A él tampoco.

Dispones los veintiocho estados de la India en la mesa del salón. Abres las cajitas de comida y no salen tigres de Bengala. Otro exceso en este fin de semana: el de la cantidad de pollo flotando en salsa amarilla. Cordero en una pasta roja. Gambas en un mar verde con semillas de cardamomo. Panes planos como tu pecho. Pakoras, samosas, arroz basmati. Hasta has pedido un postre que no sabes muy bien de qué es. Huele a frito y a rosas. Compartirías el festín. De hecho, «anhelas» compartirlo. Pero ¿con quién? Tiras de WhatsApp y nadie te responde. Tiras de contactos en Instagram. Tampoco. En el *feed* te aparece un anuncio de una ONG de niños

africanos desnutridos.

Te duermes hinchadísima de especias. Tienes restos de *curry* en las comisuras, es la sonrisa triste de un payaso de Madrás.

La siesta se une con la hora del telediario de la noche y el *blockbuster* de después. Te despiertas cuando el protagonista abraza a sus hijos y la mascota —un san bernardo— mira a cámara.

Lunes

«Y ya no habrá más noche», Apocalipsis, 22:5. Te regalo otro dato que no me has pedido. Me anticipo a lo que vas a pensar cuando te haga efecto el primer café: que no puedes con más fines de semana de pinacoteca, que tu vida es un cuadro fauvista, y tu apetito de nuevas emociones es feroz.

Mamarracha.

O creativa, si lo quieres ver así.

Ojalá fueses más joven, más noche. Yo también. Ojalá fuésemos las dos más jóvenes, las cuatro noches del fib cuando teníamos diecinueve años.

Salvo por lo de la pintura fosforescente en la cara. Qué horror.

Va, levanta de la cama, que has quedado con tu madre.

Entra en la ducha.

Apóyate con el antebrazo sobre los azulejos calentados por el agua, cuidado que te mareas. Elige un gel de los cuatro botes que tienes. Son orgánicos, tienen nombres de microrrelatos malos. *Sympathy for the skin, Charity Pot, Each Peach (and a pair), Soak and Float.*

two's

Tu nivel de inglés no permite entender los juegos de palabras.

Reparas en que hay algo oscuro en el antebrazo. Es un moratón. Es púrpura, casi negro. La Andrómeda hecha hematoma, también conocida como Galaxia Espiral M31. Si la ve tu madre, te va a interrogar.

Regateas todos los temas incómodos de conversación frente a un lomo de bacalao con aceite de trufa.

La boca te sabe a fondo de congelador. No sabes si es culpa de la cocina o de los receptores de tu lengua. Te estremeces al pensar en

lenguas. La tuya frente a otra. Otras en tu coño.

Tu madre paga la cuenta y te riñe por haber comido tan poco.

Te jodes un ibuprofeno de los que no se venden sin receta. También un Orfidal. Se lo has sacado a tu madre del bolso cuando se ha levantado al baño. Vas a dormir diez horas. U once. Y mañana será otro día.

Martes.

Un día menos para el fin de semana.

Empieza la *flash sale* en tu marca de ropa favorita, la de los colores neutros.

Algunos hombres sin sal

En la vida de Jaro no hay lujos ni detalles. En la vida de Fernando López solo hay lecciones para tres trimestres. En la vida del Cubano solo hay muelles de carga. Ninguno de los tres es capaz de prestar atención al ruido que hacen los neumáticos al pisar a baja velocidad la gravilla, a cómo el calor del sol evapora las gotas de rocío de la retama, a que los niños que les rodean —sobrinos, hijos o alumnos — tienen un nuevo brillo de madurez.

Los tres confluyen en un *karting* oxidado cerca de Oropesa del Mar. El *karting* da a un barranco inundado de maleza y botes de cerveza y refrescos vacíos, aplastados por la mano humana y la erosión del medio natural. El recinto es una serpiente de asfalto, una aberración en las postrimerías de un parque natural, un estruendo innecesario de ruedas quemadas y padres jalonando a sus hijos para que aprieten más el acelerador.

(Aún pasan pocos accidentes).

A Fernando no le gustan los karts, pero a su hijo mayor, sí. El chiquillo tiene lo que no tiene su padre: corpulencia, pelo frondoso, gustos testosterónicos. Como los de Jaro, que echa los fines de semana en el circuito, gastando parte de su sueldo de técnico de calderas en *tickets* de quince euros para dar vueltas durante ocho minutos. Alterna la conducción con dobles de cerveza y chupitos de J&B.

El hijo de Fernando, Fer, por distinguirlos, es la versión embrionaria de Jaro. Camina con las piernas separadas y arqueadas, como si su centro de gravedad estuviera en los testículos. Pantalón de chándal, zapatillas con cordones y una tira de velcro, gorra negra que desde lejos tiene un deje a tricornio de la Guardia Civil. También tiene nulo interés por lo que enseña su padre: Coneixement del medi.

Cosas que hay en la vida de Fernando padre: un divorcio con la madre de Fernando hijo, a quien no es que siga queriendo, sino añorando. Echa en falta ir a pasar el fin de semana en un apartamento alquilado en Marina d’Or, y esa quietud que acompaña al domingo de regreso: devolver a su sitio, o a la lavadora, cada uno de los elementos que contenían las maletas. Devolver al niño a la realidad de los deberes. Devolver el coche al silencio del garaje.

Lo que más echa de menos Fernando es a la madre del chaval haciendo la cena, aunque siempre ha cocinado mal. Tortilla de queso del Caserío y empanadillas congeladas. O ensalada de lechuga cortada con las manos, palitos de cangrejo y piña. Salsa cóctel como aliño. A veces paninis, siempre una botella de Coca-Cola de dos litros, algo desventada.

Hasta echa en falta notar a través de los guantes de fregar el agua caliente, casi quemando, que quitaba la grasa de la cena a los platos.

Recuerda que mientras le metía mano a las sartenes manchadas de aceite de girasol, la madre del chaval veía una serie turca que Antena 3 calificaba de «emotiva historia de abnegación y devoción». O algo así como un programa del corazón en el que ninguna frase de los entrevistados concluía sin abucheos. O *Equipo de investigación*.

El último capítulo que oyó desde la cocina se titulaba «La fiebre del pelo». Instintivamente, se llevó las manos a la coronilla y, pese a llevarlas cubiertas de látex, notó que, donde había pelo, ahora solo había vejez.

Se está quedando calvo, no como el Cubano, que tiene un rostro enjuto, oscuro, seco, ajado, ácido, suspicaz.

Y también atractivo, pese a la edad. Su cara es un papel de seda reciclado una y otra vez hasta convertirse en una orografía accidentada. Si alguien le estirara la piel, podría sustituir la lona que recubre la carga del camión de la empresa para la que trabaja por tejido humano. Sería un manto nacido en Buey Arriba, municipio montañoso situado en la provincia de Granma de la Región Oriental de Cuba, en la zona norte de la Sierra Maestra,

según Google Maps.

El Cubano tiene los cabellos gruesos y rizados, que algún día serán blancos. Pero hoy son de color negro, como le llaman muchas veces a él, aunque sea mestizo, y un poquito arribista respecto a los que son más oscuros que él.

(A todo esto, en el ADN de su madre hay trazas de bakongo. Pueblo etno-lingüístico bantú, uno de los que fue a parar a Cuba cuando los españoles importaron esclavos a la isla).

El Cubano llegó a este país por lo que provoca que la humanidad se desplace: buscar un sitio; por sitio entendemos futuro. ¿No es acaso la vida un desplazamiento con cojera de un lugar a otro, sea un espacio físico o emocional? En el caso del Cubano, fue porque le faltaba la pasta y no le alcanzaba la paciencia para que fuera todo un-poquito-mejor. No dejó nada atrás, salvo el mayor de los verdes. Una vegetación, un verdor y una humedad que para los criados en el clima continental es insoportable, pero para él es la primera bocanada que se da tras una congestión nasal.

Tuvo que venir a España porque el dinero es el dinero, y aunque seas cubano y tu signo sean puros como siestas de agosto, y una obligatoria levedad, necesitas techo-comida-propósitos.

El Cubano, tras pasar por varios trabajos no reconocidos por la Tesorería de la Seguridad Social, consiguió hacer valer su carnet de transportista y entrar en el estómago del segundo puerto de mercancías más importante de España. Los *containers* eran el Lego de su día a día. No hizo ningún amigo en la empresa de transportes, pero un día que se cagaba en ruta, y creía que no llegaba a la estación de servicio, aparcó en el *karting*, pidió permiso para usar el baño y conoció a Jaro.

A continuación, no viene una historia de amistad, sino de necesidad. Tanto los camioneros, como los técnicos de calderas, como los profesores de primaria, como las camareras de bar, como las dueñas de *kartings*, como las del departamento de *marketing* de Michelin o Pirelli, que cantan las bonanzas de los neumáticos de camión, de furgoneta, de monovolumen, de kart, necesitan —como tú, que eres lector o lectora, o yo, que escribo— que alguien se dé la vuelta, mantenga la mirada y nos coloque una mano en la espalda. Necesitamos que se encienda eso tan plano e inmenso que es socializar.

«Ey, asere, ¿tienes un pucho? Un cigarrillo, joder, que no llevo suelto, y la camarera me dice que no trae, pero yo le veo los dedos amarillitos de fumar». Jaro le tendió al cubano no uno, sino dos cigarrillos, y ahí empezó todo. Que si yo pasé la infancia en Alzira, que es pueblo, pero es grande, que si yo en la selva no sabía que había un mundo tan agreste como este y asere, ¿qué bola?, que tú no me calculas, pero yo sé que vamos a ser *friends*.

Se las apañaban para coincidir. Al Cubano le parecía una chiquillería que Jaro se gastara la plata en conducir esos cochecillos que le obligaban a llevar las rodillas por las orejas. Pero lo respetaba. A Jaro le sorprendía tener un amigo con acento que no fuera de la Ribera.

Y no recelar de él, porque según sus principios, todo extranjero es ladrón, salvo Muhammad, el del Döner Kebab Sabor Mega, y el otro Muhammad, el de la frutería de casa de su madre, que les hace la bolsa de verduras para la paella con lo que está más fresco.

(Muhammad el de la frutería está liado con la hermana mayor y muy casada de Jaro, cosa que no sabe nadie en la familia).

«Aguanta un diez, que agarramos el camión, que no hay que pagar el fuel. No cojas lucha, que de este *weekend* se encarga el Cubano». Traducción: se fueron mano a mano al D’Angelo Palace, un prostíbulo muy bien valorado en Google bajo el eslogan «Somos diferentes. Contamos con las señoritas más bellas, elegantes y educadas».

A las señoritas más bellas, elegantes y educadas, y también perspicaces, les pareció que esos dos llevaban un rollito raro.

(Ahora recupero a Fernando. Con la camisa que le hace bolsas, y la bolsa de deporte con lo que lleva su hijo para pasar el finde, y con una bolsa de Mercadona con *pizza pepperoni* bbq y las cervezas sin alcohol que Fer le ha dicho a Fernando que su mamá le permite beber. Fernando también ha comprado una caja de condones porque cree que, por estadística, le toca follar ya).

(No es así).

El padre de Fer ha entrado en el bar del *karting* como en ese capítulo de *Érase una vez… el cuerpo humano* en el que los espermatozoides hacen un *sprint* al óvulo gritando «yihaaaaaa». «Sabía» que iba a estar la nueva camarera: Mariola. Mari para la

dueña, que convierte todo en un diminutivo: las propinas, la simpatía, el medio bocata de chorizo-salchichón-york con rodajas de tomate natural.

(Nadie recuerda haber visto encendida la plancha del bar en los diez años que lleva en funcionamiento).

Mari es natural de Alcoi. Veintitrés años y subiendo, porque servir copas en un *karting* y empujar dentro de la pista los coches que se salen de su constreñido ecosistema de asfalto crea muchos signos del envejecimiento prematuro de la piel.

Jaro, el Cubano, Fernando y Fer tienen un interés que los une: Mariola. Si ese interés fuese ambición profesional, cultural, docente o académica, estos cuatro hombres de los que hablamos desde la distancia tendrían sal y capsaicina en las venas. Serían *mukbangs* sorbiendo cucharadas de glutamato frente a la cámara. Con miles de seguidores que clavan los ojos en cómo la salsa teriyaki les chorrea por los abultados carrillos.

Pero siguen una dieta baja en sal. Su genética apunta a la insuficiencia cardiaca y, a la vez, a un riesgo de sufrir músculo cardíaco aumentado. Tan poco y tanto en un mismo lugar, el corazón.

Como ellos hay millones: tipos de los que nos costaría decir que han amado algo con sinceridad en la vida. Esto no es bueno, ni malo. Es, más bien, soso. Pero es que la mayoría de personas somos así: un *karting*, muchas veces infantil, que no pasa de los cincuenta kilómetros por hora. Un trayecto que sigue un trazado entre barreras y se repite una y otra vez. No es posible perderse.

Si te sales de la calzada, te mete Mari.

¿Y Mariola? Que endereza a los que se dan contra los neumáticos, pero no hemos hablado de ella. ¿Ha amado a sus veintitrés años de vida, que parecen más años por los efluvios del caucho quemado y la sobreexposición de trabajar tras una barra? No hemos pensado en ella, porque casi nadie tiene en sus pensamientos a los personajes secundarios, que dan el cambio, secan vasos y tienen que soportar las monsergas de los protagonistas.

Mariola no ha tenido sal ni azúcar en estas dos décadas y pico de existencia aquí en la tierra. Hasta la fecha, nadie con una vida entre algodones —de azúcar— tiene que conducir media hora hasta

el puesto de trabajo para hacer todo eso de lo que hemos hablado de las copas, los coches salidos y las jefas rácanas.

(Sí que se ha enamorado de una amiga, pero eso es otra historia).

Fernando lleva una naranja robada en la mano. La ha robado de un campo cercano. Ha parado el Seat con magulladuras, y ante la mirada de su hijo, que no entendía nada, ha cogido una naranja, solo una. Es muy complicado escribir en una naranja. Lo ha intentado, con el boli rojo con el que corrige los exámenes. Quería dejarle un mensaje gracioso a la camarera, con la esperanza de que esta le pidiera el número de teléfono, pese a las décadas de edad que los separan.

El Cubano la ha agarrado de la cintura, y Mariola se ha zafado como quien, en la última décima de segundo antes de la caída torpe contra el suelo, consigue arquear la espalda y recuperar el equilibrio.

Jaro, que solo tiene siete años más que ella, le ha dicho que la esperaba al final del turno para llevársela a «un sitio especial».

(«Especial» es la menos especial de las palabras).

Fer es un enano aún, solo le ha pedido un selfi.

En las carreras hay un único ganador. En casos muy excepcionales, un empate técnico.

Ninguno de los cuatro se ha subido al podio, ni ha aprendido a pilotar mejor.

Mariola, cuando sirve patatas fritas, tostadas con tomate, huevos estrellados o ensalada valenciana, recuerda al comensal que no es bueno abusar de la sal.

Prohibido arrojar colillas

Es bueno el fuego.

SARA GALLARDO,
Eisejuaz

Un gapo que se desliza por la rampa que salva las vías del tren. Es tan denso y abundante que no tiene pinta de proceder de un ser humano. Parece que un rebaño de llamas hubiera escupido al alimón. Lo ha pisado alguien con el pie muy pequeño.

Un erizo atropellado. Hay sangre, ya reseca, y púas esparcidas por el arcén. Me preocupa que se me claven en las cubiertas. Hay un órgano que es un hililllo retorcido y rosa que se mantiene intacto. Son los intestinos desenrollados como un chicle Boomer.

Una botella rota, de J&B. El riesgo de pinchar es mayor. Cerca hay más cristales rotos y tres chicas de la edad que mi hija cumplirá el año que viene. Parecen un poco quebradas, salen de una discoteca. Toda la noche que tienen encima las hace aún más atractivas.

Esta noche he quedado con una de veintidós, la edad a la que parí a mi única hija. Se llaman igual: Mar. Esta Mar tiene el atractivo que tienen todas a esa edad, más una macedonia de rasgos: ojos rasgados, pómulos salientes, labios con arco —defensor—, un poco humedecidos y a la vez cuarteados, y varios tonos que se alejan de mi palidez. ¿Es guapa? A mí me lo parece. No sé si porque siento que cuando le ponga la mano en el muslo, y presione los dedos contra su piel, las marcas primero blancas y luego rojas que le deje serán zorros divertidos que me recuerden que aún tengo edad para jugar.

Mar es hija de un hombre y una mujer adoptados. De sus abuelos biológicos solo sabe que vivieron en antiguas colonias españolas: Filipinas, Puerto Rico y la isla de Guam. Además de las facciones inusuales, sabe lo que quiere en el futuro, con solo veintidós años y un culo de correr la Spartan Race, aunque no haya hecho una carrera de obstáculos en su vida.

Un gato atropellado. Lo que más veo en esta carretera comarcal son gatos aplastados, latas aplastadas, colillas aplastadas. Por muy chafados que estén los gatos, se les reconoce el pelaje y si eran o no cariñosos.

La vegetación que se come el arcén por donde circulo oculta una señal antigua y oxidada de peligro de incendio, prohibido arrojar colillas.

A esta hora, la luz está descompuesta y fraccionada. Ha rebotado en la boina de polución y cruzado gases de distintas densidades. Parece que haya llamas en el cielo, pero es la dispersión de Rayleigh.

Conocí a Mar el curso pasado. Suspendió el examen en el que les pregunté por la dispersión de Rayleigh. El semestre en el que le di clases hacíamos por coincidir en el rincón de fumar de la facultad, situado en un ángulo muerto desde la puerta de entrada donde Fran y Francisco, los de seguridad, chusmeaban sobre alumnos y profesores. Ella me daba cigarrillos de liar, baratos. Yo le daba Marlboros. Un día, sin querer, le quemé las medias.

Un capullo me adelanta sin apenas desplazarse al carril contrario. Incluso me parece que me insulta. Le hago un gesto obsceno con la mano izquierda. Con la derecha ajusto el piñón para hacer un esprint y llegar a una rotonda en la que el capullo tendrá que frenar o atropellarme.

Solo saca la mano por la ventanilla y me hace un gesto obsceno.

El paso de los días pega volantazos, entra rápido como una rampa en los gemelos por desperezarse con ímpetu en cama ajena, o sale lento como el café en una cafetera italiana cuando se llega tarde. Es la quinta vez que quedo con Mar. Me ha traído a una fiesta con sus amigos, por lo que entiendo que este encuentro, en un chalet en un promontorio que sobresale de una planicie con cultivos de secano, tiene un algo de oficial, de que no se avergüenza de la diferencia de edad.

Llevo colgando del cuello una cámara que heredé de mi abuelo, al que no conocí. Se suicidó colgándose de la viga de su casa. Mi madre y sus dos hermanos pequeños se lo encontraron cuando fueron a merendar el pan con chocolate que les había dejado mi abuela.

Les hago a los amigos de Mar las mejores fotos de este fin de primavera en el que aún confían que el verano que está por llegar sea una estación especial. En las primeras imágenes salen bendecidos, masajeados por la luz ámbar del atardecer. Luego está el *flash* y la noche, que por un octavo de segundo —no sé de técnica, igual es menos, igual es más el tiempo que el diafragma está abierto— congela las caras que llevan, que son como la mía, un ronquido sibilante.

Mejor no les paso esas fotos.

Aunque están guapos de cojones, de revista de tendencias.

Un estertor.

Un jadeo opresivo.

La humedad de la noche es excesiva para este infierno. Todos los presentes llevan un infierno dentro, yo también, pero se me nota menos porque las patas de gallo, patas como el *snack* bañado en salsa de guindilla que vi en Pekín, ejercen de gafas oscuras. Los chinos mordisqueaban cartílagos con uñas que sacaban de bolsas enrojecidas por el chile. Escupían al suelo, y los esputos salían acompañados de trozos de ave.

A esto, a pensar en el jadeo, a reflexionar sobre la forma de respirar como si se quisiera comer oxígeno, solo se llega si observas mucho.

Si no, simplemente ves personas que están guapas de cojones porque son jóvenes. Los que tienen poros benignos están guapos sin sudor. Si no, están radiantes de esfuerzo. Rostros con facciones definidas perladas por movimientos que intentan ser un baile.

No me aprendo el nombre de nadie, pero ellos se saben todas las canciones de una época que yo viví cuando ellos aún eran críos y yo ya me drogaba.

Voy muy puesta de MDMA y no sé qué pienso. Pero oigo el móvil a lo lejos, como dentro de una piscina y debajo de una almohada. Mi móvil es una mujer que alcanza el orgasmo, que muerde el hombro de su pareja para amortiguar el grito y que no la oigan sus

vecinos.

Llego al móvil. En la pantalla me parece ver un número desconocido, con todas esas cifras redundantes que son las de una centralita.

Lo es, es la de la Policía Nacional. Quien me habla es un hombre, de voz joven. Me habla de mi hija. Están con ella. Están con ella en un hospital. Están con ella en el hospital y ella está con el médico forense. El médico está con una asistente social y una pastilla pequeña y blanca y la Enzyme-Linked ImmunoSorbent Assay, ELISA, la prueba de cribado más habitual del sida.

Que es la prueba más común del sida, que le han tenido que poner la pastilla bajo la lengua, que el médico forense le ha hecho subirse en la camilla ginecológica, que le han hecho un raspado, que han atrapado su ADN y el de otra persona en una placa de Petri. De todo esto no me entero hasta que llego al hospital tras saltarme varias señales, superar la velocidad máxima permitida y esquivar un control de alcohol y drogas.

Mar no me ha acompañado; a la otra Mar, mi hija, la han violado.

Han violado a mi hija.

Un compañero de clase de mi hija ha violado a mi hija.

En medio del delirio, pienso en todas las historias de amigas o conocidas que se han escrito con tirones, con insistencias, con invasiones de privacidad o tocamientos. Todos los hombres que las han desgarrado.

El cristal se me clava, y el amargor de la metanfetamina me sube por la garganta. Como si fuera una botella de vino blanco metida en el congelador con prisas para que se enfríe y olvidada después. Ese corcho que salta, y ese vino echado a perder, que se derrama, y se congela alrededor de los lomos de merluza, paquetes de guisantes, filetes de lomo fibrosos y secos. Ese helado que alguna que vino a casa a follar de resaca dejó allí como si quisiera marcar territorio en el congelador.

Pesan más dos marcas de cuchara sobre un helado de chocolate que un mordisco en la corva para hacerse con una propiedad.

Mi hija no es mi hija. Es un polluelo con las plumas pegadas y una telilla babosa encima. Sus labios forman un pico impenetrable. No me habla, no me mira a la cara. Intento tocarla, pero se encoge

y le salen púas de erizo y un cristal antibalas.

Yo no quise tener a Mar. Su padre, Álex, tampoco quería tener hijos. Como quien prueba con otra marca de champú y hasta que se acaba el bote tiene que estar oliendo a vainilla y coco, seguí con el embarazo y con Álex, y con un certificado de matrimonio en casa. Una familia por conveniencia social en la que no había amor. A los tres años de nacer la niña, nos separamos, y la casa se llenó de un amor inesperado. Me enamoré primero de los mofletes de mi hija, y luego de ella como persona que se comunicaba con balbuceos y lloros.

En la fecha de la separación, que fue una firma sin más, aséptica e intrascendente, entraron a robar en el piso de mi amiga Anna. Forcejeó con uno de los ladrones y este le puso una navaja en el cuello y la violó.

Al menos mi hija sigue viva, aunque conforme pasan los minutos se transforma en una máquina antropomórfica sin batería. Unos órganos sin cuerpo, un cuerpo con una consciencia de sí mismo dentro de una sirena de ambulancia.

La muerte de Anna destapó la maldad que había en mí, la que todos tenemos, y me salió por las comisuras de la boca. Con el odio seco en los labios, besé, mordí, hice felaciones en la calle. Destrocé a todos los hombres que pude. Era infiel con los que se enamoraban de mí, ignoraba a los que tenían más ego, montaba escenas a los tímidos hasta aterrorizarlos, hice sentir culpables a los más honestos. Hubiera cogido un bote de pintura para marcar todos los vientres de las mujeres que iban a parir a un niño próximamente para que un Dios cruel los apagara.

Cuando me aburrí de desollar hombres empecé a quedar con mujeres.

Hay una pared en mi cuerpo que es un ángulo muerto. Nadie puede saber qué ocurre allí, ni debe saberlo. Es un muro de luz que la mirada no es capaz de atravesar. Los focos que protegen a los actores de teatro de percibir los rostros del público, los faros de camión que deslumbran a los cervatillos antes de morir arrollados, la luz solar que vieron los treinta y tres mineros de la mina San José tras pasar setenta días atrapados. Un telón de electromagnetismo. La rama de la física en la que estoy doctorada.

Los músculos de mi cuerpo, una red de pequeños desgarros y fibras llenas de sangre por el ciclismo, son un horizonte de sucesos. En la piel llevo una frontera sellada que impide que mi incendio se vea al desde el otro lado. Tengo el bronceado de quien pasa todas las horas que puede con la cara quemada. El moreno no transparenta la misandria.

Y mucha rabia debajo del cortavientos y el maillot.

Esta pared, siempre a la espalda de quien observa, es más bien un puente entre dimensiones. Un agujero de gusano que ataja a través del tiempo y el espacio. El pasillo de IKEA para ir de la sección de dormitorios a la de baños, sin pasar por iluminación. Hay una fuga de materia, una única garganta: la mía, que siempre ha contenido el llanto que no ha sucedido desde el momento en el que la madre de Anna me llamó para darme la fecha del entierro, desde que llegué al hospital para decir «esta hija violada es mía».

En la segunda cita le conté a Mar que sin olfato no puedo hacer el amor.

Si a los ciegos se les aguza el resto de los sentidos cuando pierden la vista, yo pierdo el tacto y las ganas si no percibo olores y, por tanto, sabores. Sexo como un trozo de poliestireno expandido o una tortita de arroz o cerveza sin alcohol o mayonesa sin huevo o despedirse sin un beso en la boca porque es solo un polvo, y así acabar de un portazo con todas las horas de antes que tuvieron muchos besos incluso en la espalda, ya dormida.

Le conté esto a Mar porque estaba resfriada y lo único que me apetecía era hundirme en un edredón con la funda bien puesta. Era la temporada en la que los árboles se desnudan, cuando no hace tanto frío como para no ir en bici, pero el viento es la piedra de Sísifo.

Pero hoy es primavera.

Empezó hace tres días, la primavera, y las flores de azahar explotaron como una supergigante roja. En los hospitales, aunque sea primavera, el olor es el mismo: fermento agrio; un olor dulzón, de vino derramado, compuesto por bacterias, protozoos y nematodos que carcomen los cuerpos; huele a tuberías viejas y a cloro, y a comida insípida: merluza muy cocida, brócoli pasado, desazón.

Mi hija, sedada y ausente, huele a cemento agrietado, cuarzo, lima de acero, cáscara de huevo. Es el interior de un zapato de cuero muy usado, en el que el betún ha formado estrías y esas estrías son ríos de sudor frío y acidez. Mi hija inerte tiene miedo en los ojos, y ese miedo huele como el aliento de una bestia salvaje. Y esos ojos son como creo que habría visto los de Anna si yo hubiera estado en el techo de su casa, como una salamandra, observándola cuando entraron a robarle la vida.

Mi madre me dice que me vaya a casa, que ella se queda en el hospital.

Desde la bici, con la cabeza gacha para resistir al viento, veo un martín pescador atropellado. No puedo esquivarlo, y paso por encima de su cadáver. Ha teñido el arcén de plumas celestes y naranjas. El pececillo que llevaba en el pico está intacto.

Mar está en casa, y la otra Mar me ha pedido tiempo, esa dimensión, para no estar en el mismo espacio. En un horizonte de sucesos, el observador que está en la parte interna ve lo que sucede en la de fuera, pero desde el exterior no sabe qué ocurre en el centro y en el centro de nuestra relación están mis problemas, mis problemas que se comen los suyos y me llenan los oídos de tapones de cera por los que no oigo a nadie, solo a mi corazón arrítmico.

Llego a casa con agujas de pino en los gemelos y huelo a salitre y espray de Reflex, y a barritas de cereales y la roca en la que me he sentado a almorzar, a un culotte nuevo y a pelo sudado. Mi casa huele a pastillas y tinta. Sobre el escritorio hay un folio con una imagen impresa: una captura de pantalla en la que se ve el chalet geolocalizado donde el compañero de mi hija pasa los días más tibios. Bajo el folio, un papel arrugado con verso que dice «Fue como degollar pescado. | Y luego la mancha | se desvaneció, y Dios presidió su cuerpo».

Queda humo tras el incendio. No quedan huellas dactilares. Las he borrado con un trapo suave empapado en gasolina blanca. El trapo lo he quemado en una papelera que hay en el kilómetro siete del carril bici.

Extinguir el deseo

Fill, el foc és sempre a dins: com si tingués napalm al cor.

POL GUASCH,
Napalm al cor

Estábamos sentados a una mesa, en una terraza. En un bar regentado por asiáticos que se quedaron un bar con nombre valenciano que apelaba a lo casero (La Cuina). Estábamos metidos en una conversación sobre clases sociales —¿son los zapatos Camper de izquierdas o de derechas?—. Estábamos en una declaración sobre querer opositar, porque la empresa privada, con sus puestos fáciles, rápidos y mal pagados, nos había traicionado. La misma historia que con el *boom* del ladrillo, con todos esos chavales que no acabaron la eso, y se metieron a juntar azulejos. La misma mierda nos había pasado a nosotras, solo que habíamos estudiado Bellas Artes, Diseño, Publicidad e Historia del Arte. Todo liberal, todo precarizado, pero licenciado.

Estábamos entre cervezas, y una señora de unos ochenta años, con el pelo blanco y amarillento, con un chándal de táctel que alguien le habría dado y le venía grande, atracó en las inmediaciones. Los huesos, que eran huesos de muerte, se le pegaban al tejido sintético, como la sal se pega en la piel escamada de los que tienen un velero, o un corcho que flota a la deriva, o a la arena de playa en el fondo de los calcetines.

La señora, agachada, picaba colillas del suelo como yo picaba olivas rancias; era la señora que nadie veía y yo sí. La señora era más paloma que señora. En cada pliegue de la piel tenía plumas y

mugre, mugre y miguitas, miguitas y frío, frío y fermentación.

Traté de mantener contacto visual con la señora, pero la señora arrancó a reptar.

Y me levanté. Me levanté de la silla de aluminio sucio patrocinada por una cervecera nacional. Saqué de la chaqueta, de una marca con el mismo *target* que Camper, la cartera de otra marca con el mismo público objetivo. La agité hasta que rodaron monedas con los cantos roídos. Monedas para pagarle cigarrillos: para pagar la penitencia de la clase social.

La paloma reptaba y nosotras bebíamos. La paloma mendigaba y nosotras pedíamos otra ronda.

A la paloma la atropelló un autobús propulsado por combustible fósil.

Nadie en la terraza, nadie en la mesa, nadie en la plaza, nadie en el sistema de transporte municipal reparó en la paloma muerta con un cinturón explosivo de colillas.

Fui al baño y con los pantalones bajados, pero sin mear, tecleé esto de aquí arriba, donde hay goteras.

Alguien llamó a la puerta del baño. «Ocupado», dije. Lo estaba, realmente. Escribir es una ocupación, aunque no sirva más que para detonar un artefacto móvil.

Salí del baño y cambié a presente.

Cerca de la plancha hay un cocinero latino que recibe órdenes de los dueños y camareros chinos. Algo huele a frito y español. Sobre la barra, dentro de la vitrina frigorífica, hay una bandeja con atún en conserva que huele a óxido y ácido.

La camarera china acuna un paquete de arroz La Fallera y busca en la nevera de helados Nestlé un paquete de garrofón congelado de Mercadona. Le grita a un personaje que no está en la escena que la paella tardará media hora, más o menos.

En la carta no hay paella.

Son las 15:52 y los camareros y yo tenemos la cabeza agachada como la señora de las colillas, pero en vez de picotear extremos de cigarrillo buscamos notificaciones, diversión, mensajes, cariño, estímulos, novedades, esperanzas, atención y lugares comunes en el móvil. Los camareros chinos, que parecen madre e hijo, se tratan con la frialdad con la que los funcionarios de la Recaudación de

Multas Municipales de la calle Albacete tratan a los sancionados. Comen a las 16:31 de la tarde una paella directamente de la paella. Su paella parece más paella —huele así, tiene una rama de romero retorcida como los dedos de la señora paloma— que la paella que en el centro de València se sirve a los turistas chinos.

Una señora se acerca a los chinos, que emplean palillos contra el arroz amarillo, que no levantan la vista de los distintos servicios de Tencent que iluminan sus móviles. Una señora que se aproxima y les dice, señalando la paella: «Vosotros ya sois valencianos. El secreto está en combinar». Los chinos sonríen educadamente, la señora se tambalea. En la mesa de la terraza tiene los cadáveres de tres *gin-tonics*.

Un trozo de hígado sale disparado de la paella y cae en la mesa al lado de un cargador con el cable mordisqueado.

Escribir es quedarse en el baño con los pantalones bajados y oír cómo la sociedad cívica se relaciona en un grano de arroz.

Mejor grano que junco.

Salgo a la terraza y una de nosotras, que es como todas —somos todas iguales, somos la misma preocupación y sudadera ancha, ojeras marcadas, miedos y consumo de series y pastillas— lleva en la mano el plato de plástico con la cuenta, efectivo y su número de teléfono garabateado en un *ticket* de compra de cos: una camiseta básica, pero gruesa. Una camiseta básica, de color neutro, con la cantidad exacta de gramaje de algodón que, si encaja perfectamente sobre los hombros, arroja al mundo la idea de que su porteadora «sabe lo que hace, es una mujer [que no chica] segura». Una camiseta como un quitamiedos, evita que los coches se despeñen, pero puede decapitar a un motorista.

Vaya.

Vaya. Al chino joven no le ha hecho mucha gracia lo del número de teléfono, me cuenta otra de nosotras, que cojea por un esguince de tobillo que se ha hecho al saltar una jardinera, por dar menos vuelta, por alcanzar antes el cruce de la avenida. Su caminito del deseo ha acabado en el ambulatorio. Y el ambulatorio público inhibe la libido.

¿Qué más veo desde la terraza? Veo un chaval, que ya no lo es tanto, con restos de mierda en las zapatillas. Unas Nike de las que

no se usan para hacer deporte. Está más cerca de los treinta y cinco años que de los treinta. Y los treinta y cinco están más cerca de los cuarenta que de lo que Ícaro estuvo cerca del sol. Ícaro se quemó. El *burnout*.

El chaval-pero-no ha tenido dos síndromes de trabajador quemado. Su madre era de Xàtiva. Falleció de cáncer de mama.

Va a por el tercer síndrome: tiene un trabajo estable, muy bien pagado, con mucha responsabilidad, pero con beneficios como clases de yoga o cestas de Navidad confeccionadas en tiendas *gourmet*. Nada de melocotón en almíbar y berberechos chiquitos como esas piezas pequeñas de plástico que llevan los juguetes de Happy Meal. (¡PRECAUCIÓN! Contiene varias piezas pequeñas que pueden suponer un riesgo de asfixia).

Todas las semanas se lleva palmaditas en la espalda, y al menos un día a la semana se asfixia. La espalda la tiene de vikingo, de héroe de acción, en uve de *vendetta* contra su padre, con el que se pica a hacer flexiones en las comidas de Navidad, porque el chaval-pero-no tiene un trabajo de escritorio y eso a su padre le ofende. Toda una estirpe familiar de militares y él, todo el día haciendo números frente a dos pantallas.

El sujeto de la enunciación no pide dobles, sino tanques de cerveza con las paredes congeladas, que dejan lagos en la mesa y mojan papelillos de fumar. Había dejado de fumar, pero el curso de los acontecimientos lo ha llevado de nuevo al vicio, para quitarse la ansiedad de otros menos nocivos para los pulmones pero más para la moral.

La mierda la pisó en el jardín del cauce del Turia. Tenía la novia en casa. Todas nosotras dormíamos. Con alguna de nosotras incluso había follado años atrás.

Unos días antes, él y una como nosotras —obviamente— bajaron al jardín más grande de la ciudad y, entre el frío de enero, los purines de los perros y los árboles sin hojas, que tiritaban como ellos, se besaron tanto tiempo, con tanta ansia, que casi hicieron un trío con el catarro. Después, después de que una patrulla de la Policía Local pasara dos veces montada en quad, apuntándoles con las linternas por si les pillaban cardando en un lugar público, cada uno a su casa. Cachondos, tristes y dubitativos. ¿Qué hacer? Porque los dos llevan tanto tiempo con sus parejas que todo el mundo

esperaba poder tirarles arroz a la salida de juzgados hasta que las palomas se lo comieran y reventasen.

En casa, con la novia durmiente y el horario valle en el que poner lavadoras no es tan caro, el chaval-pero-no trató de limpiar las zapatillas con un programa corto, pero llenó de mierda el tambor de la lavadora.

La lavadora, las zapatillas, el sueño, la estabilidad, las dudas, el riesgo, el futuro con perro, el futuro con hijos, el futuro hipotecado, los viajes trasatlánticos, la segunda residencia, los *hobbies* caros, los caprichos, los ascensos, las fotos de familia en estudio fotográfico y otros bienes complementarios, todo, manchado de mierda.

El chaval pasa cerca de nuestra mesa y se detiene a saludar a una de nosotras. En sus ojos hay, por este orden: nervios, tristeza, sed, rencor, deseo y frustración. A mí ni me mira. Emprende el vuelo al interior del bar, donde pedirá, primero al chino y a la china después, por si no le han oído, otro tanque de cerveza y un chupito de Jack Daniel’s, que es con lo que se emborrachó su padre cuando acabó la mili, cuando se casó.

Me vuelvo y escruto la cara de la que ha saludado al chaval. Si quiero seguir con los símiles ornitológicos, de esta mujer tengo que decir que es una monjita blanca, también conocida como «viudita blanca común». Un pájaro pequeño, que cabe en un puño debilucho, de pico negro y puntiagudo. Inofensivo, eso parece. Aunque es más corpulenta que yo, su piel fina y pálida sobre el óvalo vectorizado de la cara, enmarcado por dos mechones rubios con un tinte caro, le quitan envergadura.

Por algún motivo que la ciencia no explica, la viudita —o la monjita, lo que prefiráis— no puede quedarse embarazada. Aunque nada raro le sucede en el vientre, aunque colma de amor a quien le da trocitos de bocata, o se le queda mirando desde el otro lado de la ventana. Aunque está sana, receptiva, tiene una pareja que la ama, instinto maternal y la absoluta confianza de que quiere ser madre.

Ahí está la cagada.

Porque, como todo el mundo en esta historia, ha vivido los años suficientes como para saber que, si deseas con vehemencia una cosa, se pudre como las naranjas bordes que se caen al suelo urbano

y nadie recoge.

Estamos en el mes en el que, en las madrugadas, varias brigadas de operarios vestidos de naranja fluorescente salen con palos y máquinas que hacen vibrar los naranjos. De las copas caen naranjas agrias que no se pueden comer.

Hay una de nosotras que esta mañana ha grabado un vídeo de los operarios naranjas y los naranjos granizando, que tiene en la garganta algo atragantado como una monda de pomelo amarillo. Cuando ha ido al baño, con el móvil en la mano, ha abierto por segunda vez en su vida la aplicación de Tinder, y se ha encontrado por primera vez a una persona conocida: su prima pequeña, tan pequeña que no pensaba que tuviera edad para tener Tinder, tan pequeña que no pensaba que tuviera algo similar a orientación sexual. Pero la amargura no es por la prima sino por ella, porque se ha descargado Tinder, porque sospecha que le gustan las mujeres, y eso es nuevo y va a provocar problemas; tanto ella como la prima han estudiado en colegios privados y tienen padres que profesan una religión mayoritaria en la que ni sexo antes del matrimonio ni matrimonio con alguien del mismo sexo están bien vistos.

Ups.

Como estoy en todas partes, estoy también en el futuro: a esta le va a ir mal un rato. Su deseo crecerá, engordará. Será una sanguijuela adherida a una ingle templada y suave. Cada vez deseará más que una de nosotras se enrolle con ella cuando se acabe la noche y empiece una mañana sin sombras en una azotea de color siena. Le costará algún malentendido, porque todas somos educadas, y bailamos tan pegadas como lo que un pellejo de cacahuete lo está a la semilla, pero los bailes son solo un entremés. También hará un trío con una pareja heterosexual que luego discutirá —el dueño de los cromosomas XY se enfadará porque ellas no le prestarán atención ni se la chuparán— y al final, muy muy muy al final, abrazos con una mujer.

Que la emisora de esos abrazos no querrá nada en serio con la receptora y tal, pues sí, eso va a pasar. Pero es lo típico, por eso hay otra religión con bastante *engagement* y que tiene como culmen el nirvana, la extinción del deseo.

Pero esta mujer ha estudiado en un cole de curitas.

Empieza a llover. Todas nosotras y las que no somos nosotras

decimos: «¡Llueve!». Los chinos corren a recoger la terraza. Y nos levantamos. Nos levantamos de la mesa. Los pájaros alzan el vuelo y se esconden en las copas sin naranjas.

Y ya está.

Porque la vida es más forma que contenido.

Los pequeños alcoholismos

Víspera de festivo

Esta noche sí que cenas. Esta noche tampoco sacas del armario la segunda almohada.

Hace tiempo que duermes en medio del colchón como si fueras la línea continua que divide la calzada. Menos fundas de almohadón que lavar.

En la casa de dos plantas solo estás tú, medianamente cenada: te has hecho una pechuga y una ensalada y le has puesto aceite y sal caros, también un golpe de pimienta, como si así se dignificara la comida, pero la mona, aunque se vista de productos *gourmet* con *packaging* de diseño, mona se queda.

Comes de pie en la cocina. Mañana no tienes nada que hacer.

Pero madrugas.

La escritura no le ha prestado la debida atención a las estaciones de servicio, piensas. Tus alumnos deberían saber citar al menos tres obras en las que el tren es actante: Machado y su poema *El tren*; Gómez de la Serna, que le dedicó todo un libro al ferrocarril en la literatura española, o Gloria Fuertes, que tiene un texto que es una carta para leer sentada en un vagón.

> Cuando se quiere a una persona,
> te duele que le duela,
> te cansa que se canse,
> te agota que se agote,
> te entristece que se entristezca,

te engaña que se engañe.
Yo quiero que te quieras,
que te lleves bien contigo,
que no te consientas,
que no te consientas
volver a decir:
—¡Qué asco de vida!

Sabes más referencias de trenes y libros, porque tu droga es saber: Delibes, nieto de ferroviario; Zola y *La bestia humana*; Pérez Galdós, que mete locomotoras en sus obras más conocidas. ¡Pero de estaciones de servicio no hay nada! Te indignas. Buscas tus pequeñas afrentas para darle a la vida algo de épica.

Cada vez que la línea del depósito de combustible de tu coche se acerca a la zona crítica de reserva. Cada vez que sientes que el sueño se acerca y necesitas cafeína. Cada vez que te duelen las lumbares, el culo, las cervicales, la postura, los años, los nervios o el futuro —te duele ser consciente de que el tiempo pasa, aunque no te hayan salido canas y tus glúteos estén OK sin celulitis, solo los afean unas estrías tenues por adelgazar y engordar— sientes que se acerca la recompensa. ¿Cómo serán las navajas que vendan en la siguiente estación de servicio?

Reduce a cuarta, tercera y segunda marcha.

Aparca. Busca la cartera. Entra en un templo de bandejas de lomo, queso en aceite, panceta a la brasa, longanizas-chorizos-morcillas resecos y, en el mejor de los casos, revuelto de todo lo anterior y alguna verdura. Miguelitos de La Roda, frutas confitadas, revistas de motor, anticongelante, bebidas energéticas rosas, amarillas, naranjas, maracuyá, piña, coco. Fantasía y taurina. Antes había prensa.

Cuando abres la puerta de una estación de servicio, tus ojos se retroiluminan como si fueran los rodillos de las máquinas tragaperras. Campana, dos cerezas, número 7.

Se llama Justo y tiene parálisis facial.

O eso, o el rictus muy estricto. Pone gasolina, café y bocadillos sin amor en una estación de servicio en Tierra Muerta, provincia de Cuenca.

Te saluda llevándose el índice y el corazón a la sien. Saludo marcial. Te das cuenta de que no lleva anillo. Tampoco las uñas limpias.

Vas mucho a esta estación en particular. Rellenas el depósito de quince euros en quince euros y eso, a medida que te haces más vieja, son menos litros. Moscas sí que hay más cada día que pasa. Encima de la caja registradora, Justo tiene la lámpara atrapamoscas más grande de la comarca. Cuando los insectos se posan en el aparato suenan como la puntilla de un huevo frito calcinándose.

Te gustaría que tu libido, tus ganas de piel, tu necesidad de cariño pudieran morir como esos insectos que se achicharran. Un deseo tan tan tan caliente que entra en combustión.

Qué fácil sería la vida si no te sintieras sola. Simplemente cumplir con el horario de trabajo, poner lavadoras, tomar «si eso» cervezas en el pueblo con algún amigo que venga a verte.

Pero nunca viene nadie.

Por hacer algo que creías que se te iba a dar bien, te apuntaste a un curso online de escritura creativa. Dejas los microrrelatos a medias. Tienes un archivo de historias desmembradas. Lo bueno es que no tienen finales tristes.

Porque no tienen final.

Hace dos trimestres que el camello no te manda mensajes con «ha llegado alita de mosca. Pura calidad». Antes, cuando vivías en la ciudad en la que naciste, si en dos semanas no le escribías, te mandaba un audio preocupándose por cómo estabas.

Los fines de semana que bajas a la ciudad en la que naciste, una ciudad que es finalista de premios internacionales de urbanismo, nunca ganadora, ya no te hinchas a planes que no te apetecen.

¿Has madurado? Te lo preguntas. Una respuesta afirmativa es una medallita en el crecimiento personal.

Compromisos.

Solo compromisos. No pienses que eran tus amigas, porque no lo eran. Ni lo volverán a ser, salvo que quieran algo de ti. Por lo general, que les revises un texto lleno de liendres (faltas de concordancia) o moho (lugares comunes, gerundios, adverbios acabados en -mente). Conforme ha avanzado el curso, cada vez menos de esas conocidas han podido o querido —palabras sinónimas— quedar contigo.

«Ahora» te das cuenta de que no erais tan amigas, sino un engrudo de celos, traiciones y supuestos enamoramientos. Pero sobre todo eran

Soledad.

Solo hay una forma de entender la literatura, y el cine, que es la soledad.

Viernes (después de un jueves festivo)

Si está o no está solo —de solitario, desde que quitaron el acento gráfico la soledad no se camufla— Justo, eso no lo sabes. Que va a estar trabajando, sí. Conocéis vuestros horarios.

En quince minutos entras en el instituto. Has preparado una clase laxa, más por ti que por los alumnos. Es tu fiesta sin invitados para paliar el FOMO de no tener una familia cerca con las que honrar los festivos.

Te saciarás y bendecirás al Eterno de tu Dios, en la tierra la buena que dio a ti.

Justo, además de gasolina y queso en aceite, vende vino de la cooperativa del pueblo. En *bag in box*. En el pueblo, si dices *bag in box*, imitan a Chiquito de la Calzada. Es vino en caja con un grifito. Diez litros por menos de diez euros. Te gusta más que los que venden en el supermercado que también es corsetería y tienda de material eléctrico.

Aunque Amazon Prime llega al pueblo, te has acostumbrado a comprar la ropa interior con olor a supermercado —esa mezcla de desinfectante de limón y embutido colgado de garfios—. Si siempre llevas bragas de regla, nunca manchas lencería delicada.

Como todos los viernes, cuando vuelves de dar clase te tomas un chato, dos chatos, tres chatos de ese vino *bag in box*. Y te achatas en el sofá de flores que venía con la casa. El estampado floral se convierte en estramonio. Dormir hasta el sábado no es una posibilidad, es el mejor plan.

La única opción.

Sueñas con un golpe de Estado en el que Samantha Hudson es prisionera en la misma celda sin barrotes que tú. Intentas hacerte

amiga suya, pero te ve como una vieja que usa arcaísmos y se niega a tener perfil en TikTok.

Sábado

Es difícil discernir entre realidad y pesadillas cuando no tienes a un hombre —o a una mujer, pero aquí en el pueblo, si hombres en edad de merecerte hay pocos, de mujeres hay ausencia total— al que vomitarle lo que has soñado y que te diga que solo es un sueño y que no te queda leche para el café.

Ha muerto Annie Ernaux y tú sin leche para el café.

Mallas de Pilates. Suéter con capucha. Abrigo encima. Llaves. Cartera. El móvil da igual.

Tus estaciones de servicio favoritas son las que en lugar de llamarse Área yelnúmerodelasalida, se llaman La Aguzadera, El Gamo, Venta de San Benito, Los Hermanos, Casa Sebastiana.

Arrancas el coche.

Justo hoy tiene el uniforme más limpio. Se lo quieres quitar.

Cuando eres maestra rural nacida en la ciudad, hay un punto en el que sexualizas hasta al tipo que reparte el pan y que parece un bollo sin cocer.

Te follarías a Justo en la trastienda de la estación de servicio. Sentirías palpitar la juventud si hicieras esperar a los camioneros que con sus camiones cisterna no dejarían pasar a las familias en SUVS que a su vez no dejarían pasar a los turismos pequeños y abollados que a su vez no se apartan y que impiden que los chiquillos que llevan motocicletas no puedan echar diez euros de gasolina para conducir por el arcén con el casco desabrochado con la chati esperándolos en el pueblo de al lado.

Compras leche y cervezas. Casi te equivocas y coges latas azules, las sin alcohol. Son del mismo tono que el color corporativo de la gasolinera. Está el azul Munsell, el Klein, el ultramar, el monastral y el cutre. Cutre y eléctrico como los tubos de la máquina atrapamoscas. Su luz azul es toda la luz azul que tienes ahora. Antes azul era la luz del dentista cuando te hacías blanqueamientos, o la

de los antros autogestionados donde ibas a bailar sin mover los pies. También las máquinas de rayos UVA tienen luz azul. Fuiste una vez, porque querías que el espejo del ascensor te devolviera una tú morena antes del último examen de las oposiciones.

De las opos a morir en un cuarto de baño.

Te ves tan mayor. Piensas que la vida se ha acabado. Quizás «esa» vida.

En verdad no quieres tirarte a Justo.

Ni esperas tirarte a nadie. Ni siquiera a las vías del tren. Este último pensamiento es porque alguna vez has pensado en el suicidio. Has mezclado demasiado vino con Orfidal. Has conducido bajo los efectos de los porros y la absenta.

No tienes un piso en propiedad ni una plaza fija, pero al menos aún puedes poseer tu muerte.

Tu vida vale más, te dices. ¿Cuánto? No lo sabes, pero lo suficiente para estar aquí y ahora, en el pueblo manchego que tiene la estación de servicio más cutre de España.

Justo acaba de poner un cartel con una oferta. Por lo que vale una chocolatina, te llevas otra gratis. La de menor precio. La promoción acaba la semana que viene.

Donde hubo fuego

Una relación amorosa puede tomar, a veces, la forma de una ciudad moderna, construida sobre los vestigios de civilizaciones extintas: quedan trazos, nombres, piedras de ese pasado idílico, pero uno se fija más en el tráfico insoportable del presente, en las nubes marrones de los incendios cercanos.

DANIEL SALDAÑA PARÍS,
El baile y el incendio

Otra vez la alarma a las 05:50. Otra vez levantarme y ser mujer bombero. Que es ser mujer por tres: ser mujer, ser bombera, ser modelo de empoderamiento.

Hoy, otra escuela visita el parque de bomberos. Otra maestra de primaria que viste como sus alumnos. Las mismas zapatillas de goma blanca, la misma camiseta algo amarillenta que pone *follow influencers, follow your dreams»*
«Don't
y una chaqueta azul pitufo. Es primavera, pero las profes siguen vistiendo plumíferos sintéticos. Manténgase alejado del fuego.

Es guapa, la maestra. Me guardo el comentario. Si lo digo en voz alta mis compañeros se engorilan. Se hinchan como palomos en celo, o como las ampollas de las quemaduras.

Me llamo María y menos mal que no me pusieron el nombre de

mi abuela: Candelaria. El chiste habría sido muy fácil. Y no me gusta Buena Vista Social Club.

Odio las personas que dicen «no sé qué haría sin Google Maps». Odio los discursos de superación. Odio que no saquen servilletas en los bares en los que sirven papas rancias. Odio los trabajos de oficina. Odio las sillas de streamers. A los streamers en sí. Son más cachivaches electrónicos que personas.

Y el olor a cordero, eso también lo odio.

Y Tinder.

Lo del cordero fue por un incendio en un matadero. Los ojos de los corderos desollados explotaban por el calor como huevos cocidos sin pelar en el microondas. No soporto comer guisantes, palomitas, tomates cherry o uvas por ese motivo. El cordero me da, literalmente, arcadas. Y, bueno, toda la carne asada, frita o sometida a un golpe de calor.

Hace unos meses congelé óvulos.

Soy bombera para salvarme a mí. Si puedo bajar a un gato de la copa de un árbol, debería poder dejar de ir a la farmacia a por ansiolíticos. Eso pensé cuando renuncié a mi trabajo en Madrid. A los *teambuildings*, las lasañas precocinadas calentar cinco minutos a máxima potencia en el microondas, las reuniones semanales de *status*, las tazas corporativas con mensajes positivos y el logo muy grande. El logo muy grande en todo. Camisetas, carpetas, tarjetas de acceso y cubiletes de bolis con el logo. Como reses marcadas. Nosotros, los trabajadores, también.

La carne humana quemada huele ligeramente a canela.

Hay un placer estacional: el de las primeras semanas de calor y playa, cuando el sol es un grill con poca potencia, una de esas sandwicheras del Lidl que al medio año se les funde la resistencia. Me gustaba olerte la piel cuando volvíamos crujientes y saladas del mar.

Soy bombera por no mantener conversaciones sobre el enésimo atracón a una serie de adolescentes que no aporta nada. Llego a casa rendida. El ruido de las paredes al derrumbarse te quita las ganas de oír el besuqueo de los actores.

¿Aporta algo?

Superé con creces la prueba de claustrofobia para entrar en el cuerpo de bomberos: reptar por un tubo estrecho sin iluminación, con el ambiente cargado y el cronómetro en marcha. La bordé porque ese espacio congosto y asfixiante era más habitable que otro fin de semana buscando el sentido de la vida en el cuarto de baño de una discoteca.

¿El sentido a qué?

Cuánta vida, cuánto tabique y cuántos polvos con el cerebro frito. Los extintores de polvo generan, una vez usados, residuos corrosivos, por lo que puede resultar un problema si no se retiran a tiempo.

La serendipia te puede pillar en cualquier parte. A mí me dio al golpearme la cabeza con el canto de un extintor del Brillante, el bar de Madrid, el de los bocatas de calamares que abre a las 07:30. Horario de *after*. Como el Brillante de València, el antro en el que nos conocimos y que precedió a compartir piso en la ciudad con la mejor agua del mundo.

No sabes que ahora sé apagar fuegos, tengo óvulos en la bodega, la sangre limpia y una soledad buscada.

«Martes San Calamar: 5,50 €. Con Bebida: 6,50 €. Solo Para Llevar. Todos los martes (excl. vísperas y festivos)». La revelación ocurrió bajo el extintor más próximo al cartel de un bocadillo santificado con la oferta de los martes. Podría haber tenido una conmoción cerebral, pero solo decidí opositar.

No hubo una noche, sino decenas, en las que apoyadas en la tapa del váter nos prometíamos que nada ni nadie podría distanciarnos. Que necesitábamos saber la una de la otra.

Nos conocemos de toda la vida. Toda una vida ardiendo.

No quiero oír nada de ti.

No me falta tanto para jubilarme, si lo comparo con las que eran nuestras amigas, que se han quedado en tu pira. Es extraña la elasticidad del tiempo. Si hubiera empezado antes a apagar fuegos, me habría quemado menos. Si hubiera empezado cuando entendí la responsabilidad que tiene decir «te quiero», me quedarían solo seis años para jubilarme. Toda una juventud por delante.

¿Una juventud para qué?

A los veinticinco pensaba que no quería vivir más allá de los

treinta. En esa crisis me di una prórroga hasta los treinta y cinco, por ver si en lo que duraba una licenciatura algo se podía arreglar. Y ahora no sé, toda una existencia bailando en una llama, pero sigo siendo incapaz de soplar la sopa antes de tragar.

Llevo cuatro años, cinco meses y tres días esquivándote. Solo trasnocho cuando estoy de guardia. El pelo me brilla más. Tengo la piel más tersa. El culo más duro.

Me he hecho mayor. Igual hasta me puedo responsabilizar de la felicidad de un bebé.

Las Tres Primas está lleno de flores y de capullos

El infierno son los otros.

JEAN-PAUL SARTRE,
A puerta cerrada

La Rosa no está fresca, pero tiene espinas. Brazos como tal, dedos que son mondadientes. De pino con barniz caoba, qué raros. Se clavan en los cigarros, en la botella de ginebra. Sin hielos. Servida en un vaso bajo. Sola. Como ella.

Vive en una noche en la frontera entre la primavera y el verano. Esta dama petisa no necesita a nadie.

La Rosa viste una camiseta homónima y un peto vaquero. Oculta una desnudez que no queremos contemplar. Rosa, por favor, el tirante, que te vemos el sujetador color carne. Más bien, color rabo de cerdo. Bien frito y salado. Se podría decir que en ella está la sal de la vida, si la pillas en un día bueno. Sal de salero de plástico amarillento con granos de arroz para que no se apelmace el condimento.

No bebe por olvidar, bebe por salud, porque si no bebe, discute con otros habituales del bar Las Tres Primas, y se enzarza en discusiones que son como los gorgojos de la alacena. En especial con Florin, que es idéntico a un pez borrón que juega a las tragaperras. Un borrón es uno de esos peces gelatinosos, mórbidos,

del tono de la pechuga de pollo babosa. Florin tiene los huesos blandos como el animal y petequias por todo el rostro.
¿Has comido algo hoy, Rosa? Yo, que estoy en lo alto, fumándome un cigarro y tirándote la ceniza a la cabeza, no te he visto probar bocado.

Rosa, la Rosa para la población Las Tres Primas, si está de buen humor se suma a la mesa en la que habitualmente Lăcrimioara, Florin y un par más de borrachos internacionales se comen los fiambres caducados que trae Lăcrimioara del supermercado báltico en el que trabaja de cajera.

Lăcrimioara tiene los ojos del color de la lata de cerveza Baltika 3, la de menor graduación alcohólica.

Trabaja entre salchichas. Sus favoritas son unas cortas y ahumadas que huelen a madera de haya y saben a fenogreco y nostalgia.

Echa de menos Rumanía. A ratitos.

El súper es una nasa. Se siente atrapada. Pasillos con salchichas dentro de botes de cristal. Estantes con latas de conservas, también con salchichas. Refrigeradores a rebosar de paquetes con el mismo derivado cárnico. Lineales con envases en los que se lee «SALCHICHA ESPECIAL», y hay un pavo, un cerdo, una ternera o un cordero. Todos tienen cara de haber sido animales especiales. Mitad humanos, mitad dibujos animados.

Al matadero.

En el fondo de la tienda hay una nevera, también con salchichas, pero caducadas. Esas son las que se lleva a Las Tres Primas. También hay dos refrigeradores, uno encendido donde las latas de cerveza cuestan diez céntimos más por estar frías, y otro sin luz y que huele a humedad, en el que las cervezas están de oferta.

Rozan el consumo preferente.

Lăcrimioara tiene los brazos largos como la *Columna del infinito* del escultor Constantin Brâncuşi, el largo pilar que honra la memoria de los jóvenes rumanos fallecidos en la Primera Guerra Mundial. A Lăcrimioara su tía le decía que, con semejantes extremidades superiores, solo podía atraer a hombres como Mihai. Mentirosos y de puñetazo fácil.

Hay tantos así…

Antes de dormir, Lăcrimioara agradece a Dios no haberse

quedado preñada de él.

Lirio trabaja más de las horas permitidas por ley. Cuando no, se sube en el coche abollado que heredó de su padre. Conduce con los ojos entornados. Poseída. Los pone en blanco para ver si el cerebro se anima y los imita. No sucede. Por suerte, tampoco el accidente vial.

Lirio aparca a la primera. En Las Tres Primas siempre hay sitio.

Entra en el bar con un cuaderno de dibujo en el sobaco. El sobaco le huele al más barato de los desodorantes de marca blanca. Invierte poco en vanidad. Hoy también se ha olvidado de traer un lápiz o cualquier cosa con tinta. Le pide un boli a la camarera ovalada y china que tiene un Pikachu tatuado en la muñeca.

Lirio traza viñetas con encuadres de acero. De un cómic no se puede salir.

La cárcel de papel, le dicen.

Entre las rejas están las historias cotidianas de la Rosa y Lăcrimioara. A esta la dibuja con forma de flor lacrimosa. Entiende que esa es la traducción: lagrimilla.

Lirio llora mucho. También la Rosa, la camarera, el pez borrón, el repartidor de cerveza, el dueño del bar que también es chino, pero que ha olvidado el chino, la familia gitana que es la alegría y las palmas del lugar, el caniche que cuidan como a un dios y la narradora.

Yo. Que estoy en lo alto.

Mis lágrimas son una tormenta de verano y las gotas son la fuerza de un campeón de halterofilia.

Pero no vamos a hablar de mí.

Todos lloran a escondidas. Y beben en público.

Lirio odia que se le dé bien beber. Su padre era alcohólico. Su abuela también.

Las Tres Primas está en el barrio de mierda en el que se crio. «Barrio obrero» sería lo correcto, pero por respeto no usaré un eufemismo tan manido.

Lirio es abogada en un bufete mediocre y no nos interesa lo que hace. Estudió Derecho en vez de Bellas Artes, por eso de que tiene más salidas. Con la familia que le tocó, no iba a poder vivir de los dibujitos.

Se sacó la licenciatura en los años que hay que sacársela. No

disfrutó ni de una asignatura.

Las tres flores de este bar están rodeadas de capullos. Algunos juegan al billar. Algunos a las tragaperras. Algunos a joder vidas, porque a ellos se las han jodido. Unos pocos son honrados, pero callados. Solo están por hacer bulto y gasto.

Los capullos más capullos de las vidas de Rosa, Lăcrimioara y Lirio no entran en Las Tres Primas, porque los capullos autóctonos los aplastarían. En esta casa a la flora autóctona se la cuida.

Los capullos de Rosa, Lăcrimioara y Lirio fueron su hermanastro, su marido y su padre, respectivamente. El primero fue lo que un hombre puede ejercer sobre una mujer, fuerza física que se convierte en lo más coagulado de la sexualidad.

Me debo a prescindir de eufemismos: su hermanastro la violó.

Nadie en la familia dijo nada.

De lo que no se habla, no se denuncia.

También Rosa agradece, no sabe a quién, no haberse quedado embarazada.

Lăcrimioara se casó con un granuja. Tenían un negocio conjunto, un restaurante donde ella cocinaba *sarmale* y *mici*. Iba bastante bien. Hasta lo frecuentaban treintañeros españoles queriendo fingir interés por la cultura de Rumanía.

La fotito de Instagram.

Un día, Mihai sacó todos los ahorros que tenían, que no estaban nada mal, se iban a hacer una casita en Rumanía con ellos. Desapareció, el muy granuja. También se llevó la caja de ese fin de semana, que había sido bueno. Había jugado el Dinamo de Bucarest contra un equipo español.

Ganaron los rumanos por dos a uno.

Lirio, a efectos prácticos, no tuvo padre. Él solo quería, amaba y respetaba la botella. Güisqui. Con ge de gresca.

Lirio hincaba los codos por encerrarse en la habitación y no oír discutir a sus padres. La periodicidad de las discusiones aumentó, y también las notas de la niña. La nota más alta del instituto, el semblante más triste.

Una de las discusiones acabó con un portazo de su padre. Horas después del portazo, sonó el teléfono. Luego lloros. Luego el motor de un taxi. Después los ruidos propios de un hospital, ruidos que

son como cuervos. Y la voz de un médico de urgencias: «No hemos podido hacer nada por él, lo sentimos».

Al padre de Lirio lo atropelló un conductor que dio positivo en el control de alcoholemia. El conductor estaba ebrio de alegría y cava. Su hijo mayor iba a ser padre, regresaba de celebrarlo.

La madre de Lirio no tardó en morir de pena.

El conductor sobrevivió. Se pasó en la cárcel los primeros años de vida de su nieto.

Está pegajosa la noche. Rosa, Lăcrimioara y Lirio tienen en el culo las marcas de las sillas metálicas de la terraza. Están sentadas en tres mesas distintas. Rosa y la botella —*self service*, hay confianza —; Lăcrimioara y la bolsa de salchichas caducada y el WhatsApp que hiede a reproches por parte de su familia e imágenes de perritos con mensajes positivos y católicos; Lirio, que dibuja a un beodo que se gasta lo que tendría que ser la paga semanal de su hija en la tragaperras.

Uno de los capullos del antro se llama Ahmed. Es de Marruecos. Hoy invita a todas las flores a su mesa y estas aceptan. No siempre pasa. Será el solsticio.

Ahmed bebe alcohol, no reza cuando corresponde, come carne atea en vez de sacrificada en nombre del dios que le enseñaron a amar y toca el culo a las mujeres. «Aquello que sea necesario hace lo prohibido permisible», dice el Corán. Ahmed considera que las mujeres, el ron cola y las salchichas caducadas son necesarias.

La entrada del bar es un portón de aluminio y cristal fino. Tiene un extractor de humos en la parte superior. No funciona. La puerta no ofrece mucha resistencia contra los ladrones. Tampoco es necesario. No se roba donde se comen bravas congeladas, alitas de pollo con salsa agridulce, camaradería marinada en cierta suspicacia. Nadie confía en nadie en Las Tres Primas.

Bien que hacen.

Las paredes del establecimiento están alicatadas y sucias. La zona del billar está tapizada y sucia. La cocina está cromada y sucia. Los baños están pintados de color salmón y limpios.

Diana, que no se llama así en su cantón de China, la camarera del Pikachu tatuado en la muñeca, tiene una obsesión con la higiene de los baños. Es lo único que mantiene limpio. Con esas manos que

huelen a lejía y salfumán, finge que le quita el polvo a los trofeos de caza del anterior propietario del bar, al póster de Raúl capeando en el campo del Real Madrid con una bandera de España, a la foto enmarcada del Ciclón de Jerez, Juan José Padilla, el torero del parche en el ojo y los comentarios homófobos.

Si el cíclope taurino viera a Diana, le daría la puntilla. Diana muy heterosexual no es. Es china y bollera.

Diana es rigurosa con el brillo de las sillas de acero y melamina. Sillas como la que Fernando saca del interior del bar para sentarse en la terraza entre las tres flores y el capullo marroquí.

Fernando es un jugador de fútbol de segunda que sufrió un ictus durante un partido. No volvió a pisar un campo. Vive de ayudas económicas escuálidas y de la caridad del barrio. La isquemia cerebral le congeló la expresión: parece que siempre esté asustado. Causa ternura entre las mujeres y simpatía entre los tíos. Vive de hacer de la desgracia su sustento. Le falta un verano para ser un capullo. Las vecinas le regalan tuppers con guisos y polos viejos de sus maridos. Aún conserva un físico atlético, la ropa heredada le queda como un toldo hinchado por el aire caliente.

En la terraza no hay: conversaciones profundas, amabilidad, respeto, feminismo, clase media. En la terraza hay: un exdelantero sin movilidad en la cara, un flirteo que roza al acoso, racismo, mezcladillo de frutos secos con sabor a barbacoa que lleva tres meses en un bote de plástico expuesto a la luz, homofobia. La diana de la homofobia es —lo habréis adivinado— Diana, que ignora las agresiones verbales. «Mí no entender», dice, aunque habla castellano mejor que Fernando.

Avanza la bebida. Las conversaciones son picoteo de palomas en un trozo de pan. Rusos contra franceses. Un púgil de barrio que cree que en el saco está su fortuna para salir del piso de protección oficial que comparte con su madre y tres hermanos.

Este bar es uno más de España, y su consistencia es lo que rellena España. Como las almohadas hechas de trozos de espuma, amarillos, verdes y naranjas, como las hectáreas de campos de secano que son tan rojos que parece que todo un pueblo se ha desangrado sobre ellos.

A Ahmed le gusta España y la tierra tintada por la hemoglobina. En su país habría tenido —más— problemas.

¿Rosa? Las rosas son muy delicadas de trasplantar. Si a Rosa no se la llevan, se queda donde está. Si la sacan y la llevan al hospital, cuando se despisten los celadores, volverá al bar.

Desde esta perspectiva que permite ver cómo se aproximan las olas y las tormentas, sé que Lăcrimioara en cuatro años estará de vuelta en Rumanía. Se me escapa lo que le sucederá después. Soy miope.

Para lo que quiero…

La que hace algo inesperado es Lirio, que se levanta de la silla. Dice que va a fumar. También a hacer una llamada importante. Lirio jamás ha hecho una llamada importante. Tampoco fumado.

Se aleja unos metros hasta que las voces de la clientela se apagan al igual que esas canciones de *funk* de los setenta que no saben cómo terminar.

Cuando no hay volumen y no huele a la colonia barata de la Rosa, cuando no se oyen los golpes contra la máquina tragaperras y el acento de Lăcrimioara es un guante de papel de seda, cuando Las Tres Primas, con su bochorno, su aceite y su dolor contenido, no es nada, en ese momento sostenido, Lirio se queda inmóvil en el borde de una acera y piensa.

Nunca lo hace, lo de pensar. Ella tira. Hace. Mantiene sus necesidades básicas cubiertas. Paga impuestos y se sobrevive.

En este momento, parada como una cucaracha sorprendida por un transeúnte que vuelve tarde a casa, oye muy de cerca una respiración agitada. La respiración se acelera. No se acerca, aunque da esa impresión. La respiración se convierte en gemidos. También hay unos gruñidos, que parecen de hombre. Una mujer y un hombre. Están follando en un primer piso, con las ventanas abiertas. No les importa nada.

Se corre ella. Luego él.

Lirio adivina que ahora entre ellos hay un cenote de oxitocina. Que están abrazados y que puede que no sean el amor de sus vidas, pero tienen amor. Piensa que necesita las sobras de ese cariño, quiere que se las echen por la ventana abierta. Ella, como una perra, ya husmeará el suelo hasta dar con las migajas.

Pienso húmedo, del caro. Lo va a devorar.

No le importa quién se lo dé.

La nariz de Lirio se mueve tras un rastro. Algo en la noche huele

a existencia y decisiones abruptas. Yo no me lo esperaba: se va a alejar de por siempre de Las Tres Primas. También de la bebida. Follará con un hombre que le provoque esos gemidos. Uno como el del piso de arriba. Podría ser Fernando, que aún es guapo. Follará sin anticonceptivos hasta que se quede embarazada. Lo tendrá. La tendrá, mejor. Quiere que sea mujer, y llamarla con un nombre que no sea el de una flor.

Apuntes desde una pensión de Madrid

Cuando piso Madrid me siento como: una costilla de Adán, un ave del paraíso, una suculenta. Plantas de interior desarraigadas, pero con filiación.

Igual no es eso. Igual me siento como durmiendo en una habitación en la que han cambiado los muebles de sitio, y la cama está demasiado cerca de una ventana que no cierra bien, por la que se cuela un rayito de luz puñetero.

Tampoco. Madrid soy yo en otras vidas. ¿Cuántas tengo?

Sobre mi pelo alisado por la mejor agua del mundo, hay un cielo azulísimo como las sirenas de los coches de policía y las ambulancias que me han llevado por Las Letras, Canillejas, Pirámides. También como los hematomas de mis rodillas y el logo de la ciudad, que no sé si sigue vigente.

Madrid tiene una calle prohibida, una calle amada, un único y gran atasco —una ameba de atasco— y muchos bares. Bares y prisas y promesas. Promesas hay de esperanza, de trabajo, de amor, de vida. De no llegar tarde.

Quiero conocer todas esas vidas.

Pero llego tarde.

Quiero tener la esperanza escondida en el pelo de un gato, que es algo muy de Madrid, porque todo es desvelo y maullidos.

Es gente. ¿De dónde sale tanta gente, con tanta prisa? ¿Qué cañería se ha roto, adónde va toda esa agua con premura, con objetivos, con contratos, con recados, con bolsas en las manos, en los ojos y en el estómago?

Tampoco es eso Madrid.

Cuando deje la maleta, le preguntaré a la señora de la pensión

donde me alojo si, debajo de su peluca y su aliento argentino a cigarrillo, tiene la definición de la ciudad, y la explicación de lo que le pincha a ella el corazón, si aún no se lo ha comido alguien.

Y cuál es la contraseña del wifi.

Un bar de Lavapiés con olor a los tiempos en los que se podía fumar. También huele a bechamel.

Está de pie, sostenida por unas piernas como filamentos de metal oxidado. Bebe café con leche, sin crema, del color de la ropa interior de señora que venden en el Rastro los domingos. Espero que sigan vendiendo fajas y sostenes en el Rastro, porque hace cinco años que no voy, y estas cosas, si no se vigilan, se pierden.

Ha pedido el café en vaso de cristal, vasito de caña, de los irrompibles que cimentan la ciudad y quitan la sed tanto a trabajadores de las Big Four, como a trabajadoras y trabajadores sexuales de patas largas, uñas largas, ojos largos.

Antes de entrar en este bar he visto a una travesti forcejear con un cliente.

Todo es trabajo en Madrid.

La bebedora de café color carne marcida tiene el pelo blanco, casi como los restos de espuma de cerveza, o mi memoria muchas mañanas. O un documento Word antes de que se convierta en un cuento abortado.

Los domingos ceno restos de relatos y mezclo carne empanada con veinteañeras quemadas. En el plato se forma un mejunje de anécdotas ficticias y exageraciones reales. Este párrafo solo lo entenderán las que comparten el horror de escribir.

A la bebedora de café andar le cuesta trabajo.

Se le pega la piel a la parca diezmada que tiene por cuerpo. Viste de negro, y pide una punta de pan con pimiento rojo y tortilla de patatas. El pimiento que no falte, la tortilla es accesoria, dice. En este bareto la tratan con respeto y ese cariño que solo se ganan los desconocidos. La llaman «abuela», y se preocupan realmente por ella. Creo que debo poner la mayúscula inicial: Abuela. Abuela le explica a la camarera que, si no abriera la boca, si se estuviera calladita, sería uno de esos rostros por los que las *luxury brands* se pirran: belleza insólita, una nariz como una pieza de Tangram —las narices proporcionadas, neutras, son un café descafeinado con

sacarina y leche sin lactosa— y un cuerpo al que le queda bien cualquier tropelía. Pero cuando habla, la camarera es una litrona y un porro en un parque sin mantenimiento al otro lado de la M30 (el lado incorrecto). Esto a la bebedora de café la ofende. «No abras la boca, hija, y te irá mejor, hazme caso».

Papas rancias, una colonia de mujer que no es la mía, no cenar, no comer, un borracho con un gorro de Papá Noel, que duerme todo lo que yo no dormí anoche. En el plato de las papas también hay trozos de nachos. El plato es uno de esos ovalados que quieren imitar una bandeja de metal, pero es de loza blanca. Frente a mí, dos dipsómanos hablan algo que me suena a turco. La fisonomía, el color de la piel y los bigotes como cepillos de betún evocan el Imperio otomano. También contemplan fijamente una tienda de envío de dinero al extranjero.

Un hombre negro, mofletudo, lleva en el brazo derecho un bebé recién nacido, en el izquierdo sostiene con delicadeza una piña madura.

Me pido una cerveza.

Residí en Madrid años, temporadas, episodios, situaciones, actos y entremeses. Ahora tengo las llaves de la habitación de una pensión en el bolsillo del culo. Ya no odio Madrid, aunque la ciudad no me pertenece, y solo puedo pasar de puntillas por ella, y escribir párrafos que son infraestructuras de carretera abandonada.

Un acueducto a ninguna parte.

A mis espaldas, unos adolescentes marroquíes caminan con las piernas abiertas y oyen trap. Por un instante, el ruido del bajo me ha sonado como el repiqueteo del batir huevos. En concreto, del batir huevos los domingos, siete años antes, a eso de las doce de la noche, después de viajar en Blablacar de València a Madrid, con tuppers de paella y un pinchazo en el bazo porque al día siguiente tenía que fichar a las nueve, y Madrid solo es un decorado de cartón piedra de trabajo y alquileres caros, con viandantes que sorben café en vasos de cartón corrugado.

Tenía veinticuatro años. Ahora levanto la vista, y en el reflejo de una tienda de ropa y donuts que antes no estaba, veo que tengo treinta y uno y marcas en las comisuras de la boca por la pérdida de la elasticidad en la piel y la ganancia en la flexibilidad con las personas. Explicación: sonrío más y toco más cuerpos, más pieles.

En las comisuras de la boca anida la cuestión de si en las últimas dos semanas he apretado con las manos a demasiadas personas por querer olvidar a una en particular.

Abro la puerta de la pensión y me hundo en un colchón de espuma que me absorbe entre runners, prostitutas, escolares, policías, turistas, mendigos, emprendedoras, Erasmus, trabajadoras de Inditex, menores de edad, mayores de setenta años y lo que hay entre medias. Soy un ácaro más en la calle Montera.

En Sol hay una manifestación de Comisiones Obreras. Las furgonetas de la Policía Nacional avanzan tan lentas como la cola de Doña Manolita, de un estanco, de la Apple Store. Hay adultos con pancartas en apoyo a la sanidad pública sostenidas a la misma altura donde otros adultos llevan gorros con motivos navideños (renos, papanoeles, guirnaldas, abetos).

El colapso económico podría empezar en la permanente de una señora con pieles que curiosea un mercadillo donde venden incienso, frutas confitadas, marroquinería e iconos religiosos.

Me paro en un semáforo y cuento el número de viandantes que llevan el móvil al cuello como si fuera un cencerro. Estamos en temporada de trashumancia. Navidad es en dos semanas, y las bolsas que cuelgan de los brazos de los semovientes contienen vale-regalo-otra-vez-tener-que comer-en-casa-de-tu-hermana-no-la-soporto.

Pongo en marcha un pequeño juego: mirar a los ojos de las mujeres más ensimismadas hasta que levanten la vista y yo tenga algo que escribir sobre ellas. Ninguna recae en que la observo fijamente, salvo una chica con rasgos asiáticos que lleva la compra del Lidl en brazos. Acuna una bandeja de canelones congelados Deluxe, una botella de

Coca-Cola

y una caja de Oreo, que se le cae cuando cruzamos miradas. Imagino el seísmo de las galletas, la decepción cuando abra el paquete plateado y el dulce esté fragmentado.

Sigo andando.

Los mejores bares son los peores bares. Antros con marcas de bayeta sobre la barra de aluminio, que sostiene una vitrina amarillenta, que acoge un único cruasán seco, que pide una señora

de mediana edad con uniforme de limpiadora y que moja, más bien bautiza, en un café clarito en vaso de Mahou que podría haber estado en el primer bar de este texto.

Madrid es describir desde bares y sorprenderse por los precios de las cosas, aunque las cosas en sí, en su cosidad, son iguales en toda España: *made in China*.

Entre el primer bar y este último no ha pasado nada trascendente.

Esta afirmación es falsa.

Todo opera en mí una transformación. «¿Café para llevar tiene? ¿Me podría poner uno? Voy a pagar con tarjeta, si no le importa». La voz de la chica que se lo pide al camarero modifica mi escala de conocimientos de tonos. La amplía, la ajusta, me da un marco de referencia. También lo hace la construcción de las frases: la metonimia, el uso del usted, las fórmulas de cortesía. Yo no era la misma una milésima de segundo antes de oír algo tan cotidiano como esta comanda.

Más evidente es la manipulación que me provoca esta nueva cerveza, algo tostada, en el organismo: me alivia la sequedad de las cuerdas vocales. También es un cohete que sube a mi centro nervioso que me empuja a iniciar una prospección de rasgos conocidos entre la clientela del bar. En la mesa de enfrente hay un chico y una chica que beben Fanta y pican patatas fritas. Ella tiene el pelo y la boca de M., él le ha suplantado la cara a mi vecino, que tiene un grupo de punk medianamente conocido. Al lado hay una doble de Zendaya con un tipo muy *street* que podría ser el primo veinteañero de cualquiera de nosotras. Pone morros de «perdóname, Zendaya falsa» y desenvuelve un kebab. La navaja de Ockham me cuenta que el chaval la lio un poco anoche.

«Estéticamente, el número de los tipos humanos es tan restringido que continuamente, allí donde estemos, podemos disfrutar del placer de ver a personas ya conocidas». Esto lo dijo Proust, y yo, en la avalancha humana de Madrid, saco un microscopio para hallar rasgos familiares. Rebuscar lo conocido en lo extraño es colgar fotografías enmarcadas hasta poder llamar a cualquier sitio, casa.

Ahora paso delante de una agencia inmobiliaria que se llama La Casa, que colinda con un Carrefour 24 horas que antes tampoco

estaba. Hay gente que no quiere pisar su casa, y gente que quiere volver a ella por favor, tras servir mesas, doblar ropa, tirar cañas, hacer guardias, vender tecnología a las 21:28, montar armarios que no aguantan una mudanza, sonreír a la clientela y no poder distinguir entre domingo y lunes, porque Madrid siempre está abierto, y aunque tenga insomnio crónico, hay seis millones setecientos cincuenta mil y pico cafés con leche.



Lidia Caro Leal (1990) es licenciada en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Jaume I de Castellón. Colabora con medios de comunicación cultural, gastronómica y de temática social y ha escrito para publicaciones de tendencias, actualidad y diseño. *No entrar con llamas* es su tercer libro publicado, después del volumen de relatos *Hijas de algo* (Festiu, 2021) y de *Los años que no* (Barrett, 2022).

Notas

[1] Soraya no sabe que Tomás está encerrado en un ascensor con una posible compradora. Que a la posible compradora, que intenta recuperar el atractivo de su juventud a base de bótox, ayuno intermitente y tres horas a la semana con un entrenador personal, los espacios cerrados le provocan ansiedad. Que cuando tiene ansiedad, el sexo se la alivia. Vaya. Que una de las prácticas sexuales que más le ponen, y que nunca ha contado a su marido —con el que va a clubs de swingers—, es morder y agarrar del cuello, casi hasta ahogar, a su pareja sexual. Que su fantasía recurrente es hacerlo en un ascensor parado, por aquello de jugar con los límites del miedo y del placer.

Soraya sí sabe que Tomás es asmático, y que después del trabajo tiene que comprar Ventolín, que lo gastó en el polvo del día anterior. En el que no usaron condón. < <